



Equipo de redacción



Equipo 

*Dirección:*

Guillermo Fatás y Manuel Silva

*Coordinación:*

M<sup>a</sup> Sancho Menjón

*Redacción:*

Álvaro Capalvo, M<sup>a</sup> Sancho Menjón, Ricardo Centellas  
José Francisco Ruiz

Publicación nº 80-96 de la  
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

Texto: Equipo de Redacción CAI100

I.S.B.N.: 84-95306-78-6

Depósito Legal: Z. 70-01

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



# ÍNDICE



INTRODUCCIÓN	5
EL PIRINEO ARAGONÉS O “PIRINEO CENTRAL”	7
Piedra y agua, el <i>ying</i> y el <i>yang</i> (geología)	7
Húmeda frontera (geografía y clima)	9
El color de la vida (flora y fauna)	14
HISTORIA, MITOS, RITOS, TRADICIONES	18
La ninfa y la bestia	18
Cuna de un reino	20
Duendes, brujas y gigantes	22
Los <i>hereus</i> y los <i>tiones</i>	27
¿ <i>Charramos fabla?</i>	28
ARTE, CULTURA, GASTRONOMÍA	31
El románico, una joya	31
San Juan de la Peña, “el Guardián del Tiempo”	36
El Camino de Santiago	43
La arquitectura popular	47
Cantes, dances y <i>dezires</i>	55
Indumentaria tradicional	57
Fiestas y cultura	60
La cocina pirenaica aragonesa	67

EL PIRINEO ARAGONÉS ACTUAL	76
La despoblación	76
Turismo <i>versus</i> ganadería y agricultura	78
Las estaciones de esquí	81
Infraestructuras, urbanismo y medio ambiente (el Pirineo del siglo XXI)	82
EL GOZO DE LOS SENTIDOS (INVITACIÓN A UN VIAJE ALUCINANTE)	85
La Canal de Berdún, Ansó y Hecho	85
El valle del Aragón	89
Serrablo	93
El valle de Tena	98
El Parque Nacional de Ordesa, y alrededores	103
El valle del Cinca	108
Los valles del Ésera y del Isábena	114
El valle de Benasque	118
Bibliografía	125

## INTRODUCCIÓN



Quien haya tenido el privilegio de alcanzar la cima de un pico de tres mil metros en el Pirineo aragonés en un día claro y soleado, habrá podido contemplar un inigualable panorama. Costurón orográfico que ha sido menos frontera de lo que parece, testigo inalterable del paso de pueblos y civilizaciones, pulmón maltratado por la sevicia del ser humano, y que le sobrevivirá a pesar de los pesares; hogar idílico de minerales, vegetales y animales, es, también, la cuna de un pueblo de pastores y ganaderos que fundó un Reino y, hoy, destino turístico preferido por miles de visitantes que buscan en su seno la paz, la belleza, el ocio y el deporte.

El Pirineo aragonés es amplio, rico y diverso; hoy, además, es confortable y asequible y está bien comunicado. Tiempos pasados vieron morir a muchas de sus poblaciones y emigrar a sus hijos. Afortunadamente, las huellas de la historia siguen vivas, algunas de sus hablas aún perviven y buena parte de sus tradiciones ha sobrevivido al progreso. El propósito de este libro es contribuir a que se comprenda mejor la valía de este tesoro natural y humano. Y que su mayor conocimiento pueda traducirse en amor por él para que, en el futuro, las generaciones venideras puedan disfrutarlo en las mejores condiciones posibles.



*Cascada en el Parque Nacional de Ordesa (Foto: L. Serrano)*

# EL PIRINEO ARAGONÉS O “PIRINEO CENTRAL”



## **PIEDRA Y AGUA, EL YING Y EL YANG (GEOLOGÍA)**

**A**unque cueste un poco imaginarlo, hay que pensar que hace millones de años, donde hoy se yerguen esos colosos de piedra que son los Pirineos, se extendía el mar. Un mar bajo cuyas aguas se fueron depositando cantidades enormes de sedimentos que las fuerzas tectónicas se encargaron, como en un lentísimo parto, de levantar primero y plegar después, dando lugar a dos cuencas marinas: la mediterránea y la atlántica.

La historia geológica de estas montañas se desarrolló en diferentes fases hasta llegar a la configuración que el hombre ha conocido: un gigantesco zócalo se alzó en la Era Primaria (durante el Carbonífero), pasó por un ciclo de sedimentación en la Era Secundaria y sus definitivos levantamiento y plegamiento se produjeron en la Terciaria. Las fuerzas telúricas provocaron la mayor salida de magma incandescente en el centro de la cordillera, en el actual Pirineo aragonés o central; por eso se encuentran en la parte aragonesa las cimas más altas de todo el macizo, cuyo rey es el Aneto (3.404 m).

A partir de entonces, en lo que antes había sido un océano —no es infrecuente encontrar hoy fósiles marinos a gran altitud— y después una enorme y “joven” cordillera, comenzó a producirse el fenómeno de la gliptogénesis, esto es, un proceso de erosión y desgaste. El aire, pero sobre todo el agua, han ido perfilando los valles, los circos (que antaño albergaron glaciares mucho más grandes que los actuales), las cubetas, los cañones y gargantas, las cuevas subterráneas, los pequeños lagos o ibones... Es la alternancia del *ying* y el *yang*, la acción y la reacción, la piedra y el agua, la creación y la destrucción, el valle y la montaña.

En el presente, apenas quedan glaciares —masas de hielo relegadas a las grandes cumbres y progresivamente en retroceso— y, desde luego, no tienen los 50 km de longitud y 400 m de espesor que alcanzaron los mayores en tiempos remotos. Pero el fenómeno del glaciario, que se produjo en el Cuaternario, es el responsable principal de las formas del modelado de los circos, ibones, valles en artesa y morrenas en el Pirineo; y es aquí doblemente singular, dado que los glaciares pirenaicos son los únicos de España y los más meridionales de Europa. En la actualidad, algunos de ellos, los más importantes, están recogidos bajo una figura legal de protección de espacios naturales: los “Monumentos Naturales de los Glaciares Pirenaicos” (Balaitus, Picos del Infierno, Vignemale, La Munia, Posets, Perdiguero y Maladeta-Aneto).

En los circos que un día ocuparon estos gigantes de hielo se encuentra hoy multitud de bellísimos lagos, los ibones, más de doscientos en el territorio pirenaico aragonés.

Casi todos los valles del Pirineo central discurren, como las púas de un peine, paralelos entre sí y perpendiculares a la cordillera, surcados por diferentes ríos. La erosión del agua y de las piedras que ésta arrastra ha creado singulares parajes. Los cauces discurren tranquilamente en meandros (como en el caso de Aguas Tuertas, en Guarrinza, o de las Gradas de Soaso, en Ordesa) o transitan con brío y nervio en rápidos y cascadas, como la de Cotatuero, posiblemente la de más alta caída de toda la Península. Arroyos y riachuelos han ido excavando pacientemente las paredes calcáreas durante millones de años para dar lugar a gargantas y “congostos”, como el cañón de Añisclo o la Foz de Biniés, la Boca del Infierno, las gargantas de Escuaín o los tan visitados barrancos de la sierra de Guara.

Fuera del alcance de la vista quedan las simas y cuevas subterráneas que atraen anualmente a numerosos espeleólogos de todo el mundo, especialistas que encuentran en el Pirineo aragonés su particular paraíso de las profundidades.

## **HÚMEDA FRONTERA (CLIMA Y GEOGRAFÍA)**

La cordillera pirenaica constituye una frontera casi perfecta entre Francia y España; tan sólo en cinco o seis tra-



*El puente de Villacantal, sobre el río Vero,  
cerca de Alquézar (Foto: Bellefon)*

mos, a lo largo de sus más de 400 km de longitud, no coinciden los límites orográficos con los políticos. Los Pirineos se dividen en tres zonas principales, de Oeste a Este, bien caracterizadas y distintas entre sí: los Pirineos occidentales o navarros, los centrales o aragoneses y los orientales o catalanes. El Pirineo aragonés ocupa el norte de la provincia de

Huesca y un pequeño sector del norte de la de Zaragoza. A su espalda tiene, como frontera meridional, las sierras exteriores o Prepirineo, territorio suavemente abrupto desde el que se contemplan hermosas vistas de las cumbres, sobre todo cuando la nieve las cubre con su manto.

Flanqueado a izquierda y derecha por tierras navarras y catalanas, y al Norte por la parte más verde y húmeda del Pirineo francés, el Pirineo aragonés se divide en varias comarcas:

- *Jacetania*. Es una amplia circunscripción que arranca en la Canal de Berdún, fronteriza con Navarra, y que inclu-

ye los valles de Ansó y Hecho, Aragüés, Aísa, Borau, Canfranc, Aragón y Tena. La capital es Jaca.

- *Serrablo*. Comprende el valle medio del río Gállego, desde Biescas hasta Caldearenas y las tierras ubicadas entre las sierras de Galardón y Guara. Sabiñánigo es su capital.
- *Sobrarbe*. Está en el centro del Pirineo. Se extiende desde la cabecera del Vero hasta los valles del Ara y el Cinca. Boltaña y Aínsa son sus poblaciones más importantes.
- *Ribagorza*. Es la comarca más oriental, entre las cuencas del Ésera y el Noguera Ribagorzana. La influencia catalana se deja sentir con nitidez. Las localidades principales son Benabarre, Graus y Benasque.

El clima del Pirineo aragonés se enmarca dentro de la llamada “España húmeda”, esto es, toda la parte septentrional de la Península desde Galicia, pasando por la cornisa cantábrica, hasta las estribaciones del Pirineo oriental. La pluviometría media anual oscila entre los 1.000 y los 1.500 l/m<sup>2</sup>, frente a los escasos 400 que se dan en las zonas más áridas de la región. Los máximos pluviométricos se alcanzan en primavera y otoño, y en invierno las precipitaciones, más escasas, se producen habitualmente en forma de nieve, aunque, según parece, en las últimas décadas nieva bastante menos que en la primera mitad del siglo





(debido, quizá, al “efecto invernadero”). Los cañones de nieve artificial, colocados en las estaciones de esquí, intentan paliar, con notable éxito, la falta de nieve invernal. Las temperaturas varían, lógicamente, según la altitud; son bonancibles en primavera y otoño, calurosas en verano (hasta la puesta del sol) y frías en invierno (pueden alcanzarse los 15-20° bajo cero a partir de los 2.000 m).

### **EL COLOR DE LA VIDA (FLORA Y FAUNA)**

El Pirineo aragonés es una rica y tupida alfombra vegetal sobre la que viven muchas especies animales. Se puede afirmar que alberga una de las floras más diversas y ricas del Occidente europeo: pueden encontrarse más de 2.500 especies vegetales en la parte aragonesa de la cordillera, de las cuales 110 son endémicas.

Las características de la flora están directamente relacionadas con la altitud, aunque debe tenerse en cuenta que en ocasiones el paisaje ha sido alterado por el hombre como consecuencia de los usos agrícolas, ganaderos y forestales. De la escasa vegetación de los glaciares a los matorrales de las zonas bajas, una singular paleta multicolor —cambiante, además, con las estaciones— cautiva la vista con su salvaje belleza. Masas forestales de pino negro, abetales, hayedos, robledales, fresnedales y encinares, entre otras especies de arbolado, conviven con otras

muchas de flores, arbustos, matorrales y hongos para conformar un ecosistema de gran diversidad.

En las sierras exteriores dominan el quejigo y la encina, y también es muy frecuente el matorral de boj, con cuya madera los pastores pirenaicos hacían cucharas. A medida que se gana altura, el pino silvestre se va convirtiendo en el rey. El abeto ocupa laderas umbrías entre los 1.500 y 2.000 m, casi siempre acompañado por otras especies arbóreas, como pinos o hayas. Los hayedos más extensos y hermosos se encuentran en las selvas de los valles de Ansó y Hecho. Cerca de los 2.000 m de altitud hace su aparición el pino negro, del que existen buenos bosques en la parte central del Pirineo. Más arriba, nos toparemos con matorrales subalpinos y pastos. Entre las especies pirenaicas endémicas en suelo aragonés pueden citarse las denominadas *oreja de oso*, *corona de rey* y *lirio de los Pirineos*. Y no debemos olvidarnos del protegido acebo, que antaño adornaba los hogares por Navidad.



*Genciana y narciso amarillo, de la variedad llamada trompón (Foto: R. Pellus)*



*Sarrío (Foto: B. Clos)*

La fauna silvestre es, asimismo, muy variada aunque, desgraciadamente, habituales inquilinos de estos parajes hasta hace poco tiempo, como el oso pardo o el bucardo, ya no moran más en el Pirineo; y la supervivencia de otros, como el quebrantahuesos o el urogallo, está seriamente amenazada. El mamífero silvestre más representativo de esta parte de la cordillera es el sarrío o rebeco. Su grácil estampa se ha convertido casi en el símbolo del Pirineo arago-

nés. Habitan en los puertos, no lejos de donde suele pastar el ganado, y por fortuna su población está asentada e incluso en aumento. Este cáprido es tímido y huidizo a la presencia del hombre, pero no es demasiado difícil ver algún ejemplar durante la subida a las cumbres. Otros mamíferos habitantes de las alturas son el armiño y la marmota. La nutria es escasa, y difícil de avistar. También abundan los zorros y jabalíes y, aunque algo menos, garduñas, ginetas, tejones y gatos monteses.

El citado quebrantahuesos es el ave más singular del Pirineo aragonés, no sólo por su escasez, sino por ser el único animal osteófago (que come las médulas de los huesos que consigue partir arrojándolos contra el suelo desde gran altura) de toda la fauna pirenaica. Hay numerosas rapaces en estas montañas, aunque son las águilas —de distintos tipos—, los alimoches y los buitres leonados las más destacables. Aves nocturnas (búhos, lechuzas y cárabos, entre otras), córvidos y muchas clases de aves —entre las que destaca la perdiz nival, por su rareza— son, hasta sumar más de 125 especies distintas, protagonistas de la fauna altoaragonesa.

De anfibios (ranas, sapos, tritones, salamandras, etc.) e insectos también viven en los Pirineos centenares de especies; el ciervo volador es uno de los escarabajos más espectaculares. Las culebras de tierra y las de agua, junto a dos o tres clases de víboras —como el áspid—, son las representantes del mundo de los ofidios. Y, claro está, en los ríos una —no muy extensa— muestra del reino piscícola: truchas, madrillas, barbos y, escasamente, anguilas.



*Quebrantahuesos (Foto: Archivo CAI)*

# HISTORIA, MITOS, RITOS, TRADICIONES



## LA NINFA Y LA BESTIA

**P**irene, bella ninfa de los manantiales, fue designada por Zeus para custodiar las cristalinas aguas de un hermoso valle. En las cimas cercanas habitaba Gerión, monstruo feísimo de tres cabezas empeñado en poseer a Pirene; cada vez que lo intentaba, sin embargo, era rechazado por la vegetación que crecía en torno a él y arañaba sus tres rostros. Harto de no poder lograr su deseo, Gerión incendió el valle, utilizando para ello nubarrones de tormenta que comprimió hasta hacerles descargar rayos y truenos.

Zeus, encolerizado por aquella actitud, mandó a Hércules para que le castigase; el héroe, tras dar muerte a Gerión, propuso a Pirene que se fuese a vivir al Olimpo. Ella rehusó alegando nostalgia del valle, pero, al ver el estado lamentable en que lo había dejado el fuego, se murió de pena. El mismo Hércules levantó entonces una mole ingente de montañas para que fueran un canto eterno a la ninfa muerta, y les dio el nombre que la recordará para siempre: Pirineos.



## CUNA DE UN REINO

La cordillera pirenaica debe su denominación, seguramente, a los exploradores griegos; hay quien relaciona su nombre con la raíz “pyr”, que en griego antiguo significa “fuego”. No hay demasiados testimonios de la presencia de los pueblos prerromanos en el Pirineo central, aunque se sabe que los *iacetani*, de stirpe ibera, ocuparon la Jacetania y tuvieron una estrecha relación con los aquitanos, vecinos transpirenaicos; y que los cerretanos, mencionados por Estrabón y Plinio, vivían también en esos territorios, probablemente desde la actual Cerdeña hasta la Ribagorza, e incluso más hacia Poniente; la relación entre los valles, tanto del eje Este-Oeste como del Norte-Sur, será una constante histórica.

Parece ser que los habitantes de estas tierras asimilaron pacíficamente la dominación romana; de la presencia de Roma quedan testimonios en los pasos del Puerto del Palo (Hecho) y de Somport (*Summus Portus*), aunque no existen noticias del establecimiento de ciudades de importancia, salvo la de *Iacca* (Jaca), que acuñó moneda con letras ibéricas. Hay, asimismo, evidencias de época imperial en lugares como Boltaña, Panticosa (cuyas aguas termales ya explotaron los romanos), Artieda, Binacua, Sigüés o Barbastro. En las cercanías de la cordillera, se ha descubierto recientemente el municipio romano de *Labitolosa* (en La Puebla de Castro), creado en época imperial,

pequeña ciudad con sus termas, foro y curia, actualmente en curso de excavación. La ocupación visigoda no ha dejado huellas de oposición ni de levantamientos en la zona. Alguna actividad importante, aunque episódica, debió de desarrollar la monarquía goda, pues se conocen monedas de oro acuñadas en *Cestavi* (Gistaín).

A partir de la dominación musulmana, en el siglo VIII, el Pirineo se convierte en un “muro de contención”. Los reyes francos y los de Pamplona encomiendan a algunos condes la organización de este foco de resistencia. El monarca pamplonés Sancho *el Mayor*, en 1035, entrega el territorio llamado Aragón (con centro en Jaca) a su hijo Ramiro, quien, a la muerte de su hermano Gonzalo, enseguida asume también los de Sobrarbe y Ribagorza; él fue el primer rey de lo que, a partir de entonces, será el Reino de Aragón. Durante la Edad Media, el incipiente reino contrae un poderoso vínculo con la Santa Sede romana, de la que el rey se declara vasallo y tributario, y se establecen en sus tierras monasterios cluniacenses, lo que contribuye a la recuperación del latín y de la cultura clásica. Jaca se convierte en la capital; florecen en ella el comercio y la artesanía, se crea el obispado y comienza la construcción de su magnífica catedral.

Tras la conquista de Huesca por Pedro I (1096) y de Zaragoza (1118) por su hermano Alfonso I *el Batallador*, el centro de decisión política se desplaza hacia el valle del

Ebro; la historia de los territorios del Pirineo aragonés seguirá, desde entonces, el curso de la del conjunto de un reino que, a partir de 1137, se transformará en cabeza de una vasta Corona y origen de un poderoso Estado hispano y mediterráneo.

### **DUENDES, BRUJAS Y GIGANTES**

La íntima comunión del hombre con su entorno natural ha cobrado tradicionalmente un especial relieve entre los habitantes del Pirineo. Su economía agrícola y ganadera, la dispersión de sus centros de población, la dificultad en las comunicaciones, sus orografía y clima extremos, la magia sobrenatural del bosque umbrío o de la majestuosa montaña son caldo de cultivo para la existencia de multitud de mitos, ritos y leyendas autóctonas que se han transmitido de forma oral a lo largo de centurias. Bien es verdad que, con la llegada de la Revolución Industrial y la entrada, también de esta zona, en la “aldea global”, las tradiciones se han ido perdiendo y son sólo el reflejo de una cultura que ha pervivido hasta bien entrado el siglo XX. Pero eso, como dice el profesor Ángel Gari, también «ha contribuido tanto al desarrollo del hombre como a su enriquecimiento cultural».

En cada pueblo, en cada valle, queda constancia de creencias o mitos que introducían lo fantástico en lo cotidiano. Algunos tienen su origen en tiempos seguramente



*El cilindro de Marboré (Foto: J. Rayado)*

anteriores a la civilización cristiana; otros son más recientes. Pero todos poseen un imaginario común, un sustrato que los emparenta con las culturas primitivas fuertemente unidas a la raíz telúrica.

Hay leyendas que explican fenómenos geográficos, como el nacimiento de “Las Tres Sorores”, hermanas que se convirtieron en tres inmensas moles graníticas tras haber sido muertas por su propio padre como venganza por una infidelidad; o la transmutación de un humilde pordiosero, al que unos egoístas pastores negaron auxilio, en la cum-

bre de La Maladeta. En el siglo XVIII se quiso hacer de los primeros pobladores pirenaicos descendientes directos de Noé. Las grutas de Villanúa fueron “habitadas” por tres jóvenes muy hermosas que acabaron convertidas en serpientes. En el Ibón de Plan, en la madrugada de San Juan aparecía una hermosa y fantástica mujer sobre las aguas, causando la admiración de quien tenía la dicha de verla. En Bastarás había una “mora encantada” que vivía en una gruta y, también en la madrugada de San Juan, raptaba



*Portada de El Pirineo español,  
de R. Violant Simorra, publicado en 1949*

a jóvenes pastores incautos, que desposaba y devolvía, un año más tarde, ineluctablemente muertos. En otra gruta de Aquilué vivía una mora misteriosa que solamente salía para peinar a una señora principal del pueblo, quien le pagaba con pepitas de oro. Muchas de estas leyendas, con protagonistas femeninos, tienen semejanzas con otras del mismo corte de Asturias o del País Vasco. En Hecho, los dólmenes eran considerados sepulturas de

gigantes, y en Albero Bajo se hablaba de un esqueleto un poco guasón que se aparecía a los vivos y que medía ¡tres metros de altura! Y así podríamos seguir y seguir...

En el terreno de lo doméstico, se buscan aliados protectores para posesiones, ganados y ocasiones señaladas (bautizos, bodas, entierros). Se colocan en las puertas de las casas amuletos (patas de jabalí, o de lobo y de oso, como en Gistaín, o cabezas y patas de cigüeña, como en los llanos de Jaca y en la Canal de Berdún); y plantas benéficas como la ruda, las socorridas ristras de ajos o el laurel, que aleja al rayo. Todavía pueden verse, sobre muchos tejados de las casas pirenaicas aragonesas, pequeñas caras de piedra, a veces policromadas, que reciben el nombre de *espantabrujas*. Hay rituales contra todo tipo de maleficios,



*Rito mágico en la noche de San Juan: el niño berniado se pasa por la raja de un roble (Foto: Uranga)*

entre ellos arrojar sal al fuego, bendecir la tronca en Navidad o hacer cruces de ceniza en el hogar (“Si viene Dios, que vea la luz; si viene el Diablo, que vea la cruz”).

También se creía en pequeños duendes domésticos (*menutos* en Hecho, y *crabons royos* en Gistaín) que, si estaban a gusto en la casa, hacían que las vacas dieran más leche. Se practican multitud de ritos asociados con la fecundidad (echar sal en la cama de los novios el día de la boda, o introducir una moneda de plata en el bolsillo del novio sin que éste lo sepa para evitar el *encortamiento*, un hechizo atribuido a brujos para imposibilitar el acto conyugal) y con los nacimientos (proteger al recién nacido con una bolsita que contiene una pata de sapo, sacar al bebé por una ventana el día del bautizo, etc.; incluso otros un poco escatológicos, como coser un trozo de la placenta de la madre, previamente guardada, en el forro del pantalón del hijo cuando éste era llamado a quintas).

Se tiene constancia de la existencia de prácticas de brujería en el Alto Aragón desde el siglo XI hasta bien entrado el XIX, por lo que la Inquisición llevó a cabo varios procesos, como el que condenó a Pedro Arruebo y otros de haber “embrujaado” a más de setenta mujeres en los pueblecitos de Tramacastilla y Sandiniés, en el valle de Tena, entre los años 1637 y 1643. Y es que, al parecer, este Pedro Arruebo, “disparaba” sobre todo lo que se movía, no se sabe si con el consentimiento de sus “víctimas” o no...

## LOS *HEREUS* Y LOS “TIONES”

La organización social tradicional de los montañeses pirenaicos ha estado siempre determinada por una idea básica: la pervivencia de “la Casa”, que es algo más que el edificio en que se vive. Todos los esfuerzos están subordinados a este fin. Para evitar la fragmentación del patrimonio familiar, éste pasa, a la muerte del cabeza de familia y en su casi totalidad, al primogénito varón (el *hereu*). De esta manera, y como decía Joaquín Costa, «una familia del Pirineo [...] no sólo se sostiene, sino que prospera».

Los hermanos varones que no se casan, los “tiones”, que fueron tan populares internacionalmente en Plan cuando decidieron organizar “caravanas de mujeres” para remediar su soltería, quedan adscritos de por vida a la casa familiar; el *hereu*



*Herrajes de una puerta ansotana  
(Foto: Soco Liesa)*

deberá procurarles digno cobijo, comida y vestimenta y habrá de atender a sus gastos.

El *bereu* es, como vemos, una autoridad patriarcal que tiene dominio y decisión sobre las vidas y haciendas de los miembros de la Casa, que están a su cargo. Los hijos carecen de poder hasta la muerte del progenitor y la mujer debe ocuparse de los cuidados de la vivienda, la limpieza y el mantenimiento de los animales domésticos y el trabajo en el huerto familiar.

Aunque hoy en día el *bereu* es una institución anacrónica y condenada a la desaparición, todavía se encuentran ejemplos, en los pueblos pirenaicos, de familias en las que persiste esta institución, incluso entre gente de no demasiada edad.

### **¿CHARRAMOS FABLA?**

En Aragón se hablaron variedades propias de romance, derivadas del navarro-aragonés, hijo del latín. Pero pronto se usó el castellano que, reforzado por el prestigio de la rama castellana de la Casa de Aragón (“los Trastámara”), pasó a ser lengua mayoritaria y de uso culto.

Las variedades dialectales del aragonés son denominadas popularmente *fabla*, aunque existen notables diferencias entre ellas. Hoy en día se habla *fabla* en el Pirineo ara-

gonés, fundamentalmente en los valles de Hecho y Ansó —cheso y ansotano—, en el de Bielsa —belsetán—, en el de Gistaín o Chistau —chistavino— y en el de Benasque —benasqués—, además de en la Ribagorza —ribagorzano occidental y ribagorzano oriental, este último, habla de transición entre lo aragonés y lo catalán—.

Desgraciadamente, y desde hace muchas décadas, se ha considerado a la *fabla* un habla de “rústicos” y “vulgares”, lo que hacía que quienes la tenían como lengua materna se avergonzaran de ella y se plegaran a sustituirla por el castellano, idioma urbano y “civilizado”. Hasta tal punto la *fabla* tenía mala prensa que cabe llamar la atención sobre lo que contaba todo un insigne Premio Nobel aragonés, Santiago Ramón y Cajal, acerca de su llegada a Ayerbe en 1860, a la edad de 8 años:

«Por entonces se hablaba en Ayerbe un dialecto extraño, desconcertante revoltijo de palabras y giros franceses, castellanos, catalanes y aragoneses antiguos. Allí se decía *forato* por *agujero*, *no pas* por *no, tengo* y *en tengo* por *tengo*, o *tengo de eso*, *aivan* por *adelante*, *muller* por *mujer*, *fierro* y *ferrero* por *bierro* y *berrero*, *chiqué* y *mocete* por *chico* y *mocito*, *abríos* por *caballerías*, *dámene* por *dame de eso*, *en ta allá* por *hacia allá*, *m'en voy* por *me voy de aquí*, y otras muchas voces y locuciones de este jaez, borra-das hoy de mi memoria».

(S. Ramón y Cajal, *Mi infancia y juventud*, p. 35)

Sin embargo, entre las jóvenes generaciones de la Comunidad aragonesa existe hoy una voluntad muy estimulante de recuperar la *fabla* que, aunque no deja de ser una actitud testimonial, está contribuyendo a realzar las señas de identidad aragonesas y a garantizar la enseñanza de la lengua allá donde todavía se habla.

Como botón de muestra, y para que quede constancia de la belleza fonética de alguna *fabla* pirenaica, van aquí unos versos del poeta cheso Veremundo Méndez (1898-1968) y que apenas necesitan traducción:

*Ya ye plebizniando;  
ya se'n bienen las chéns enta casa,  
barruntando la niéu, que ye cerca  
y que fiesta forzada siñala...  
ya cayen bolisas.  
¡Mirar cómo baxan!  
Sin prisa, contínas,  
como suelen salirte las canas.  
Chuguetiando, se plegan ta tierra,  
que, mullada, las fá tornar agua;  
ye que son chiquetas,  
por ixo no agarran...  
Ya cayen los copos.  
¡Mirar cómo baxan!*

(Del poema *La niéu*)

# ARTE, CULTURA, GASTRONOMÍA



## EL ROMÁNICO, UNA JOYA

**S**i el Pirineo aragonés es un tesoro, una de sus muchas joyas es el patrimonio artístico medieval. Desde comienzos del siglo XI hasta finales del XII, el románico se constituyó en el estilo artístico común de la Europa occidental cristiana. En su formación intervinieron elementos de origen muy diverso y, aunque también hay influencias autóctonas, se puede hablar de una unidad que hace reconocible el estilo desde el Rin hasta Finisterre. Existe una clara influencia de la arquitectura del Bajo Imperio romano, pero a ella se superponen otras muchas aportaciones, de origen bizantino y musulmán, carolingio, visigótico, lombardo, etc.

El arte románico pervivirá en el norte de Aragón hasta bien entrado el siglo XIII, en que asimila las soluciones del arte gótico. Su introducción y asentamiento se producen a la vez que el nacimiento y la formación del primitivo Reino de Aragón, que se organizará política, religiosa y culturalmente al amparo de sus castillos, iglesias, catedrales y monasterios.

El primer románico aragonés fue obra de maestros procedentes de la Lombardía, en Italia, que se asentaron en la

Ribagorza a comienzos del siglo XI. Testimonio de ello son la iglesia del monasterio de Obarra —quizá el mejor del arte lombardo altoaragonés—, los ábsides de la catedral de Roda de Isábena o la pequeña y deliciosa iglesia de San Caprasio, en Santa Cruz de la Serós, el más occidental de los templos lombardos en Aragón. Otras obras en las que intervinieron estos maestros fueron los prepirenaicos castillos de Loarre y Abizanda y la torre de Fantova, junto al valle de Benasque.

Pero el referente del románico aragonés, y uno de los monumentos más importantes de su clase en España, es la catedral de Jaca, probablemente la primera románica levantada en la Península, bella obra de compleja estructura construida a partir de 1070. Consagrada al apóstol San Pedro, ha conservado su planta original de tres naves, crucero alineado, cabecera de tres ábsides y un amplio pórtico de dos tramos a los pies de la nave central, más un claustro adosado a su costado norte. En el interior se alternan los pilares cilíndricos y cruciformes compuestos, lo que acentúa y diferencia, con gran elegancia, el ritmo de los tramos que separan las naves. Las cubiertas debieron de ser de madera, mientras que en el crucero se alzó una cúpula sobre trompas reforzada por cuatro nervios de medio punto que se cruzan en el centro, y los brazos del crucero se abovedaron con medios cañones, al igual que el pórtico. Entre los elementos ornamentales característicos de la catedral figuran el *ajedrezado jaqués* y su imponente crismón;

ambos serán motivos ampliamente repetidos en todo el Pirineo aragonés. La influencia del estilo catedralicio se dejará notar hasta lugares lejanos como San Martín de Frómista o Santa Cruz de Olorón, en Francia; en Aragón, su huella pervivirá, entre otros monumentos, en San Pedro de Siresa, en la iglesia alta de San Juan de la Peña, en Santa María de Iguácel en la Garcipollera o en la Capilla Real del castillo de Loarre.

Junto con la catedral de Jaca, dos joyas del románico brillan con luz propia en el área pirenaica: los monasterios de Santa María, en Santa Cruz de la Serós, y San Juan de la Peña. El primero fue un cenobio femenino fundado entre 1059 y 1061 por Ramiro I. Monjas benedictinas (*sorores*, de cuyo apócope nace el nombre de Santa Cruz de la Serós, esto es, “de las serors”) lo regentaron hasta 1555, en que se trasladaron a Jaca. Actualmente sólo se conserva la iglesia, de magnífica estampa; han desaparecido el claustro y las demás dependencias monacales. En él ingresaron Urraca, Teresa y Sancha, las tres hijas del rey



*San Pedro de Lárrede (Foto: J. Rayado)*



*Iglesia de Santa María en Santa Cruz de la Serós, Torre de Abizanda  
y vista general del castillo de Loarre (Fotos: J. Rayado)*

Ramiro. La iglesia tiene planta de cruz latina, ábside y una robusta torre-campanario de función defensiva. Al monasterio de San Juan de la Peña, dada su trascendencia histórica y artística, se le dedica un epígrafe aparte.

En la zona central del Sobrarbe, al sur de Aínsa y en torno al eje de comunicaciones del río Cinca, se conservan destacados ejemplos de arquitectura románica, tanto militar (castillos y atalayas de Samitier, Escanilla, Abizanda, Muro de Roda, Troncedo y Pano) como religiosa (iglesias de Buil, Samitier y Pano).

En la margen izquierda del río Gállego, en la zona de Serrablo, floreció —al parecer, en el último cuarto del siglo XI, aunque algunos estudiosos sitúan esta fecha a mediados del X— una buena cantidad de pequeñas iglesias con elementos estilísticos muy particulares, como queda patente en las de Busa, Susín, Otal y, sobre todo, en San Pedro de Lárrede. Al margen de las polémicas existentes sobre su adscripción bien al arte románico bien al mozárabe, la singularidad de estas iglesias hace de esta zona un destacado conjunto arquitectónico que probablemente precisa estudios más detallados.



*Martirio de Santa Lucía, de Osia, en el Museo Diocesano de Jaca (Foto: L. Serrano)*

A lo largo del siglo XII, la arquitectura románica experimentará en Aragón una difusión extraordinaria, si bien en la parte pirenaica se mantuvieron los modelos de influencia lombarda, ajenos a la evolución que se produjo en las tierras situadas más al sur.

Quedan, como testimonio de su belleza, las pequeñas iglesias del valle de Benasque, como San Aventín de Sahún, Nuestra Señora de Gracia en El Run, y Santa María y San Pedro de Villanova, en Eresué, o las del antiguo valle de Barrabés (Turbiné, Villaroé y Ardanué). Más evolucionadas y de aparejo más refinado son las de San Román de Castro y Pilzán, en la Ribagorza, y la parroquial de Barós, en el Campo de Jaca.

Visita obligada merece, para quien quiera deleitarse con una de las mejores colecciones de pintura mural románica del país, el Museo Diocesano de Arte Románico de la catedral de Jaca, que alberga en su interior impresionantes frescos románicos rescatados de numerosas ermitas en localidades como Bagüés, Susín, Ruesta, Osia, Navasa y Escó, o de la cripta de las benedictinas de Jaca.

### **SAN JUAN DE LA PEÑA, “EL GUARDIÁN DEL TIEMPO”**

En pleno corazón de los Pirineos se halla San Juan de la Peña, lugar destacado en la historia de Aragón. Fue primer altar, quizás, de ancestrales cultos prerromanos, más tar-

de ermita, refugio, cenobio y panteón real. A notable altitud, excavado en la roca, orientado hacia el Norte, con una escasa presencia de luz solar, escorrentía de aguas que lo hicieron húmedo e inhóspito... ¿qué poderoso influjo ejerció este enclave para que, allí precisamente, se decidiera establecer tan importante monasterio?

Del siglo X datan los primeros escritos que permiten estudiar algo de su historia. Algunas leyendas hacen de él la cuna del Reino de Aragón, otras refieren coronaciones reales entre sus muros, o lo presentan como el primer foco de la resistencia cristiana frente al Islam. La más arraigada vincula su establecimiento, en el siglo VIII, a la figura de San Voto, un joven de Zaragoza que, a punto de caer por la pradera superior que colma la roca mientras perseguía a un ciervo, salvó milagrosamente la vida invocando a San Juan Bautista y decidió, junto a su hermano Félix, consagrar su vida en aquel lugar, como eremita, a la oración.

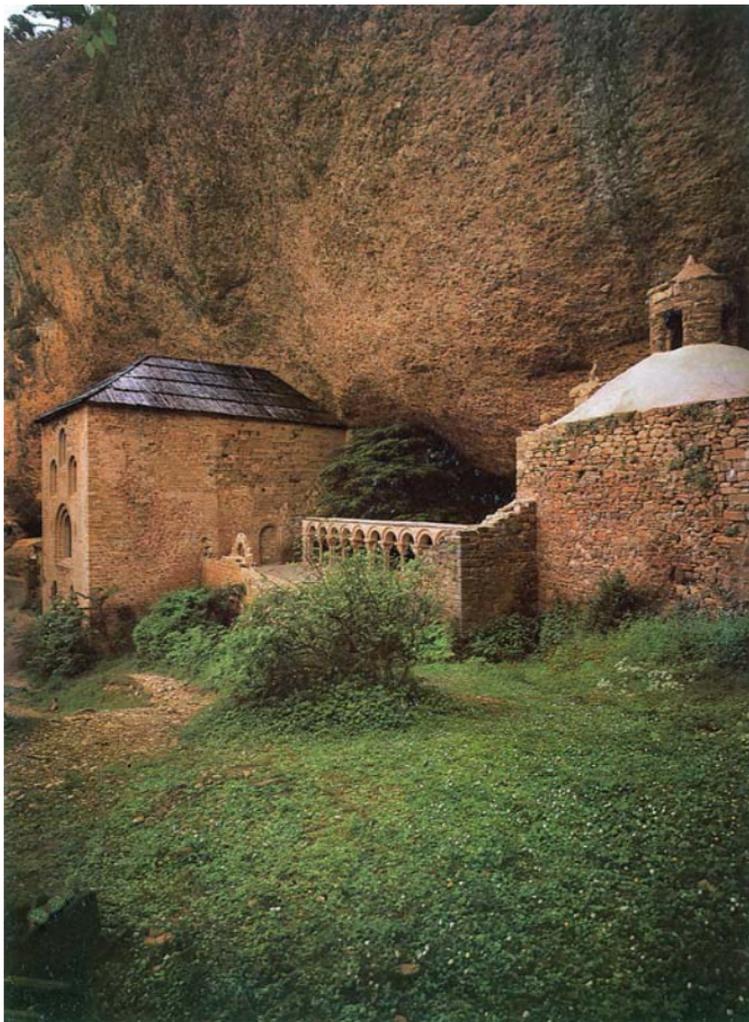
Es difícil conocer el desarrollo de este viejo monasterio, símbolo de Aragón y de los primeros tiempos de su historia, pero se sabe que pertenecía a una serie de centros monásticos que surgieron entre los siglos IX y X en el Alto Aragón como únicas células de colonización espiritual, cultural y material de los valles en que se enclavaron. A esta etapa corresponde la pequeña iglesia prerrománica que alberga, de dos naves con ábsides rectangulares y arcos de herradura, testimonio de la existencia allí de una reducida

comunidad de monjes en el siglo X. Esas primeras construcciones quedaron subterráneas un siglo más tarde, al levantarse sobre ellas las nuevas edificaciones románicas.

A finales del primer milenio, las tierras del viejo condado aragonés sufrieron la feroz y devastadora acometida del caudillo musulmán Almanzor, quien saqueó y provocó la ruina y despoblación de varios monasterios de la zona; como consecuencia de aquel episodio, la vida monacal quedó casi extinguida.

Hacia el año 1025, el navarro Sancho *el Mayor* refundó el monasterio de San Juan que, desde entonces, empezó a denominarse en los documentos como *de la Peña*, en alusión a su magnífico enclave y a la peculiar visera pétreo que lo cobija. Al poco tiempo, se convierte en uno de los primeros monasterios de la Península que sigue la regla de San Benito. Lo habitan entonces monjes benedictinos, quienes, a finales del siglo XI, ya no deben obediencia a los obispos: rinden directamente cuentas al Papa de Roma.

San Juan de la Peña, convertido en el centro monástico preferido por los monarcas aragoneses en el siglo XI, pasó a ser foco pionero de transmisión de las corrientes innovadoras que llegaban desde Europa y primer panteón de la casa reinante aragonesa, tradición que perdura hasta 1134, con Alfonso I *el Batallador*. Entre sus muros yacen Ramiro I, Sancho Ramírez y Pedro I, con sus familiares más cercanos. El panteón real, en la iglesia alta, fue construido en



*El monasterio de San Juan de La Peña (Foto: P. Casas)*

el siglo XVIII, en estilo neoclásico, por orden de Carlos III; veintisiete sepulcros, ocultos por sus correspondientes placas de bronce, componen este enterramiento real. Las obras de este panteón fueron en gran parte sufragadas por el X Conde de Aranda, Pedro Pablo Abarca de Bolea, una de las personalidades más importantes de su época y cuyos restos descansan también en el monasterio.



*Capitel de San Juan de La Peña (Foto: L. Serrano)*

San Juan de la Peña conoce, como el propio reino aragonés, un notable periodo de expansión durante el siglo XI y hasta mediados de la centuria siguiente. Las diversas compras e intercambios de bienes, la protección de los monarcas, sus donaciones y, sobre todo, las de miles de personas que buscaban la protección espiritual y material del monasterio, hicieron que su poder se extendiera por amplias zonas de dentro y fuera de Aragón.

A mediados del siglo XII, sin embargo, las circunstancias históricas propician un cambio decisivo en el devenir de tan señalado lugar: las conquistas cristianas llegan al Ebro y los centros de decisión se desplazan al valle. Ramón Beren-

guer IV, conde de Barcelona, marido de la reina de Aragón y más afecto a otros monasterios como el de Poblet, se hace cargo del reino. Se instalan en Aragón nuevas órdenes religiosas, entre ellas la del Císter (Cîteaux, Francia), que renueva la forma de interpretar la regla benedictina.

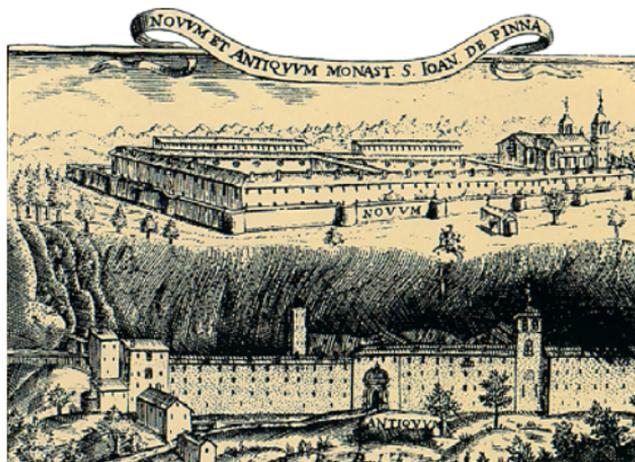
Un golpe tremendo para la ya quebrada economía de San Juan de la Peña fue la decisión de Felipe II de que Jaca recuperase la sede episcopal perdida tras su incorporación a Huesca en 1096. Una bula papal, sellada en 1571, establecía la nueva diócesis y su sede en la catedral de San Pedro de Jaca, dotándola con rentas procedentes de las propiedades de San Juan de la Peña, que veía así cercenada buena parte de su patrimonio.

La dureza del enclave hizo cada vez más difícil la vida en el monasterio. Se decía que desde la roca descendían carámbanos de hielo de tales dimensiones que cinco hombres juntos no podían abrazarlos. Tres incendios vinieron a agravar el ya deteriorado estado de las edificaciones; el último de ellos, en 1675, duró varios días y obligó a los monjes a abandonar el viejo centro para trasladarse a la llamada pradera de San Indalecio, donde empezaron a construir uno nuevo, de estilo barroco. Allí continuó habitando una reducida comunidad.

A principios del siglo XIX, los ejércitos napoleónicos ocuparon casi toda España y, por ende, las tierras altoaragonesas. Las tropas francesas incendiaron el monasterio

alto, aunque respetaron el bajo. Ello provocó la dispersión de los monjes y la requisa de la mayor parte de la plata que poseía monasterio. Finalmente, las leyes desamortizadoras de Mendizábal, a partir de 1835, acabaron definitivamente con la vida monástica en San Juan de la Peña.

Se iniciaba entonces la etapa del abandono de ambos centros y, con ella, el deterioro de sus edificios. Poco a poco, ya bien entrado el siglo XX, San Juan de la Peña empezó a salir del olvido. Y hoy en día, en los albores de un nuevo milenio, nos descubre de nuevo sus tesoros artísticos. Ahora es tiempo de pasear por sus dependencias,



*Monasterios antiguo y nuevo de San Juan de La Peña,  
según grabado de B. Bordas fechado en 1724*

por su iglesia consagrada en 1094 y por claustro, y de disfrutar los trabajos escultóricos de un taller anónimo que labró un notable conjunto de capiteles en la época del románico. En nuestros días se puede admirar uno de los escasos conjuntos de pintura románica que se ha conservado en el mismo lugar para el que fue hecho, aunque, lamentablemente, se han perdido para siempre muchas de sus dependencias. Merece la pena detenerse en la capilla de San Victorián, auténtica joya gótica del siglo XV.

El monasterio medieval de San Juan de la Peña permanece en pie, cada día más valorado. Sus paredes rezuman historia, momentos de grandeza y de decaimiento, nombres de personalidades históricas, fechas decisivas en el devenir del Reino de Aragón. Por todo ello, es preciso contribuir a conservar, conocer y difundir esta milenaria joya que, al abrigo de una impresionante roca, sigue y seguirá siendo “el Guardián del Tiempo”.

## **EL CAMINO DE SANTIAGO EN ARAGÓN**

El Camino de Santiago posee dos entradas desde Francia, la más conocida de las cuales es la navarra de Roncesvalles, debido a que, entre otras cosas, hasta hace poco no se ha tomado conciencia de la importancia turística, cultural y espiritual que tiene potenciar la ruta aragonesa, un ramal utilizado desde hace siglos por los peregrinos de muchos lugares de Europa.

El Camino *aragonés* comienza en la misma frontera: en el Puerto de Somport, el *Summus Portus* romano, que deja atrás el francés valle de Aspe. Consta de dos etapas, la primera de ellas de 29'5 km de recorrido, que arranca desde Somport y finaliza en Jaca; y la segunda, con 59'5 km, desde esa ciudad hasta la navarra Sangüesa.

La primera etapa comienza en las ruinas del que fue en otro tiempo Hospital de Santa Cristina, de extraordinaria importancia en los siglos medievales. A través de senderos de tierra, pistas forestales y cortos tramos de carretera asfaltada, la ruta pasa por la estación de esquí de Candanchú (el *Camp d'Anjou* medieval), donde pueden verse los escasos restos del Hospital de Santa Cristina, levantado para protección de los peregrinos y cobranza de portazgos y peajes a los mercaderes. Dejando atrás el precioso y deteriorado edificio de la Estación Internacional, se llega a la antigua localidad de Canfranc (su origen es el latino *Campus Francus*), localidad que albergó un Hospital de Peregrinos desde el siglo XII y que sufrió un devastador incendio en 1944. A la salida se cruza su puente románico de un solo ojo, muy bien conservado, para alcanzar un tramo de la antigua calzada empedrada que conduce a Villanúa; allí, en la iglesia de San Esteban, se guarda una talla policromada del Apóstol Santiago que deja constancia del arraigo de esta ruta peregrina. Tras pasar por la iglesia románica de San Vicente de Aruej, del siglo XI y recientemente restaurada, se puede acceder a Castiello de Jaca,

situado junto al Camino y que conserva su traza urbanística medieval. Una vez atravesado el Puente Torrijos, ya está Jaca a la vista. En este tramo se levantaba antaño el Hospital de la Salud, del que tan sólo se conserva un capitel, que fue destinado al cuidado de peregrinos leprosos. Finalmente, se llega a Jaca, que hasta entrado el siglo XX mantenía todavía en pie su antiguo recinto amurallado, con 23 torreones y 7 puertas. La que fuera rutilante capital del Reino de Aragón estuvo siempre ligada al Camino de Santiago, y muchos comerciantes *bearnese*s se afincaron en el Burgo Nuevo o *Burnau* (donde hoy está la ciudadela), atraídos por sus Fueros.

La segunda etapa tiene dos alternativas posibles, desde Puente la Reina de Jaca, para dirigirse a Sangüesa: ir por Berdún, Sigüés y Yesa, o por Martes, Artieda y Undués de Lerda. Ambos trayectos son paralelos. Visita obligada para los peregrinos son las iglesias de San Caprasio y Santa María, en Santa Cruz de la Serós, y, por supuesto, el monasterio de San Juan de la Peña.

El Camino se bifurca en Puente la Reina, un histórico cruce de rutas donde se unían los tramos provenientes de Somport y del Puerto del Palo y, por otro lado, los de Pamplona y Huesca. No debe confundirse esta localidad con su homónima navarra, confluencia, a su vez, de esta ruta y de la de Roncesvalles. A partir de aquí, el Camino discurre, en sus dos vertientes, por la depresión del valle

*Reconstrucción ideal del Hospital de Santa Cristina de Somport,  
acuarela de Iñaki con el asesoramiento de J. L. Ona*



del río Aragón, llamada *La Canal de Berdún*, hoy anegada, en parte, por el Pantano de Yesa. En el ramal Norte se encuentra Berdún, hermosa villa de aspecto medieval enclavada sobre un cerro, y los pueblos afectados por la construcción del Pantano de Yesa: Sigüés, amenazado por el proyectado recrecimiento del pantano, y Escó y Tiermas, deshabitados. Este último, como su nombre indica, fue famoso por sus baños sulfurosos. A partir de aquí se abandona Aragón, y el camino continúa por Navarra. Si se opta por seguir el Camino en la variante Sur, se atraviesa Martes, Mianos, Artieda, Ruesta y Undués de Lerda, históricas poblaciones de *La Canal de Berdún*, hoy venidas a menos al quedar inundadas sus tierras por el agua.

## **LA ARQUITECTURA POPULAR**

Desde los siglos XVI y XVII hasta mediados del XX, la estructura urbana de los pequeños pueblos pirenaicos se mantuvo casi intacta. El desaforado desarrollismo de los años sesenta trajo consigo la alteración tanto de esos núcleos de población en su conjunto como de la disposición interior de las casas.

La mejora del nivel de vida y el abandono progresivo de las labores agrícolas y ganaderas, así como la aparición del turismo masivo y la consiguiente especulación inmobiliaria contribuyeron a esta desestructuración. Partes enteras de la casa perdieron su función, y otras se reformaron a la

manera de los pisos de la ciudad, ciertamente más confortables y fáciles de limpiar. Como dice Carmen Rábanos en su obra *La casa rural en el Pirineo aragonés*, «a esto coadyuvan las divisiones de propiedad y la reducción de necesidades en el interior de la vivienda: al no precisar animales de labranza, ni guardar el grano (que ahora se almacena en los silos), ni elaborar el vino en casa [...], desaparecen cuadras, graneros y bodegas, y una vivienda de tres o cuatro plantas para una sola familia es excesivamente grande y costosa de mantenimiento».

Así, buena parte del mobiliario y de los enseres tradicionales fue malvendida o, simplemente, destruida y sustituida por otras piezas más modernas y funcionales. Muchas de estas casas tradicionales se compartimentaron para hacer pequeños apartamentos para turistas. Materiales tradicionales para cubrir las casas —*lajas* de losa y pizarra— fueron sustituidos por chapas de uralita o tejas planas industriales, más baratas y fáciles de colocar. Ahora ya se hacen esfuerzos para recuperar y rehabilitar las casas tradicionales pirenaicas; pero, en otro tiempo, se construyeron urbanizaciones de manera desordenada y, muchas veces, sin mantener el más mínimo respeto hacia el entorno urbanístico y el paisaje, mientras que pueblos enteros iban quedando abandonados y sus casas, arruinadas.

Las administraciones públicas aragonesas no han establecido unas directrices claras para la ordenación urbanísti-

ca del Pirineo, de forma que —salvo excepciones, como el valle de Benasque— cada cual ha seguido sus propios criterios constructivos. Así y todo, todavía quedan, en todos los valles, hermosos ejemplos de casas, bordas y pardinas como testimonio de una organización social y una cultura que han conformado la idiosincrasia de la vida cotidiana en el Pirineo aragonés a lo largo de muchos siglos.

La borda es una cabaña donde se alojan pastores y ganado; en su parte superior, abuhardillada, suelen pernoctar los pastores y, además, se almacena el forraje. En la inferior quedan estabulados los animales. Estas bordas, de aspecto humilde pero encantador, se encuentran dentro de los núcleos de población y también alejados de éstos, en las zonas donde están los pastos (llamados en el Pirineo aragonés *estiva* o *tasca*).

La pardina es un conjunto de casas, casi siempre anejas, que conforman una unidad de economía autosuficiente; esto quiere decir que debe disponer de dependencias para guardar el ganado (corrales y cuadras), los aperos de labranza y, a veces, el material para la explotación forestal. Son unidades arquitectónicas de volúmenes complejos, fuera de los pueblos; se podría decir, incluso, que son un minúsculo núcleo poblacional en sí mismas.

Por lo que respecta a las casas, hemos de reseñar, en primer lugar, que en el Alto Aragón el término “casa” obedece a una unidad jurídica que posee un gran protagonis-



*Borda pirenaica, cerca de Aínsa (Foto: J. Rayado)*

mo en la vida de los pueblos como consecuencia de la indisolubilidad del patrimonio. “Casa” son los bienes del tronco familiar. En la vivienda (la casa propiamente dicha) se guardan los animales, se trabaja en los meses en que no hay que salir al campo, se cocina, se dirimen los asuntos familiares, se llevan a cabo las celebraciones; en definitiva, se vive, en el más amplio sentido de la palabra.

La casa del Pirineo aragonés no tiene una tipología uniforme, aunque sí unas características comunes. De planta rectangular y de tejado a dos aguas, utilizan la piedra para el cerramiento exterior y entramado de madera tanto para sostener la cubierta como para asiento de la tabiquería interior, a base de cascotes unidos con argamasa,

revocados y pintados. Las cubiertas podían ser, según los valles, de losas de piedra o de pizarra; menos, de teja árabe. Las chimeneas —“chemineras”— solían ser de embocadura muy grande, y su perímetro, el mismo que el del hogar; rematadas en piedra por encima de la cubierta, quedan de ellas aún hoy hermosos ejemplos.

La casa pirenaica aragonesa consta, por lo general, de planta baja, primer piso y segundo piso o falsa (a veces, situada en una tercera planta). En la planta baja se disponen habitualmente, en torno al zaguán, la cuadra, el “zolle” (o “choza” del cerdo), la bodega, la leñera, la despensa, el granero y el “cenicero”, lugar donde se guardaba la ceniza utilizada para blanquear la colada.

En el primer piso se encuentran la cocina y los dormitorios. La cocina es



*Chimenea pirenaica, en Lasieso (Foto: L. Serrano)*

la pieza fundamental de la casa, donde está el hogar, centro de convivencia y testigo de acogedoras veladas en torno al fuego. Violant i Simorra, etnógrafo que estudió hace décadas las costumbres pirenaicas, dice que «allí, al lado del fuego, que tiene algo de sagrado, puesto que simboliza a la familia, es donde se vive, se come, se reza y se educa



*Rincón de Ansó (Foto: Diego de Losada)*

a los hijos con las enseñanzas ancestrales legadas por los mayores; donde se ventilan los más arduos asuntos y donde, en fin, se comentan los lances del trabajo y se hacen cálculos para el porvenir». Contiguos a la cocina, para aprovechar el calor, se encuentran los dormitorios que, a veces, son habitaciones independientes y otras están dispuestos a modo de alcobas en el interior de una sala. En la segunda planta puede haber más dormitorios o situarse directamente la falsa, espacio abuhardillado que

ocupa toda la extensión de la planta, bajo la techumbre, y que suele servir de almacén, secadero de alimentos y “trastero”.

Aunque sobrias, las casas pirenaicas aragonesas mostraban algunos elementos ornamentales en las fachadas: clavos de hierro forjado en puertas de madera con arco o dintel de piedra, picaportes también forjados o de madera y llamadores de formas geométricas o con estilizadas representaciones animales, algunas de ellas de claro simbolismo sexual. No eran frecuentes las rejas en las ventanas, por lo general pequeñas en relación al volumen de la fachada, ni los balcones. Tanto en los dinteles como en las claves de los arcos de las casas principales se solían colocar inscripciones con la fecha de construcción de la casa o el escudo con las armas del señor del valle.

La cocina, como se ha dicho, es el centro de relación en la casa, y la chimenea, la cúpula que remata el hogar o fogaril. El hogar solía tener forma cuadrada y estar situado bajo el gigantesco paraguas de una chimenea de ancha boca y forma cónica, alrededor de la cual



*Hogar típico de Ansó, con sus caderas  
(Foto: Museo de Artes Populares de Barcelona)*

se extendía un banco corrido o *cadiera*, con sus pequeñas mesas abatibles para comer. Ese mismo banco podía servir de lecho nocturno, al calor de las confortadoras brasas del fuego. La estructura de piedra en donde se asienta el fuego se llama “llar”, y es de una pieza o de dos (“plancha” y “tizonerá”, respectivamente). En sus ángulos se suelen colocar los morillos, barrotes de forja empotrados en el suelo que impiden que los troncos se deslicen fuera y rueden. Sobre el llar penden los cremallos o calderizos, cadenas que sostienen el caldero sobre la lumbre. Muchos otros utensilios completaban la cocina tradicional pirenaica: fuelles, espedos, trébedes, candiles, etc.

La riqueza de la carpintería interior, las puertas y los cabeceros de cama estaba en consonancia con la importancia económica de la casa; los más bellos ejemplos de talla y de policromía aparecen, lógicamente, en las casas solariegas y de infanzones.

Además de la *cadiera*, a la que ya se ha hecho referencia, otros muebles característicos de la casa pirenaica aragonesa son los armarios, de madera tallada e incluso policromada y los relojes de pared o de pie, muchas veces traídos desde Francia; el aparador, donde se guardaba la vajillería; las mesas “de pata de lira”, que servían de escritorio en las casas principales; los arcones, que albergaban en su interior el ajuar doméstico; las artesas o mesas de amasar el pan y las mesitas tocineras, en donde se aviaban los menudos de la matanza del cerdo.

## CANTES, DANCES Y *DEZIRES*

Decía Antonio Machado que «hasta que el pueblo las canta / las coplas, coplas no son / y cuando las canta el pueblo / ya nadie sabe el autor». La música, la danza y la tradición oral son vehículos de las manifestaciones populares. Algunas de ellas han llegado hasta hoy; otras muchas se perdieron. Gracias a musicólogos, antropólogos y etnólogos, pero también de ciudadanos y munícipes que se han esforzado por rescatar del olvido fiestas, ritos, cantes y dances, podemos en la actualidad hablar de una cierta recuperación del folclore y las tradiciones ancestrales en el Pirineo aragonés.



*Danzantes de Yebra de Basa (Foto: J. Urioz)*

No es demasiado aventurado afirmar que el origen de muchas de estas manifestaciones es anterior a la difusión del cristianismo. Los dances, por ejemplo, contienen elementos simbólicos rituales asociados a la fecundidad, al culto al fuego y a los aspectos sobrenaturales que se combinan con las gestas bélicas, los personajes históricos y la imaginería religiosa cristiana. Ya desde el siglo XV se sabe que en los dances pirenaicos “convivían” San Jorge, Carlomagno y Solimán con referencias a Satanás, al Bien y al Mal, y con las clásicas *pastoradas*. Finalmente, parece ser que la Iglesia “ganó” la partida y los dances fueron progresivamente cristianizados; de ello queda constancia en el caso de la Fiesta de la Victoria en Jaca y en las danzas de Torla, Boltaña y Yebra de Basa.

Los dances son piezas bailadas en las que se intercalan pasajes hablados, aunque de algunos se han perdido los textos. Los temas más recurrentes suelen ser el diálogo entre pastores o *pastorada* (cuyos personajes esenciales son el *mayoral* y el *repatán*, que representa el mismo papel que el gracioso en el teatro clásico), las batallas entre moros y cristianos y la pugna entre el Bien y el Mal, el ángel y el demonio. Los dances van combinando el recitado de romances, los dichos o *dezires*, las *motadas* o *matracadas* con mudanzas de palos, espadas, danzas de arcos y cintas, etc. Se cree que las músicas más antiguas que conocemos datan del siglo XVIII, aunque adaptadas a los gustos musicales de épocas relativamente recientes —de

influencia francesa y centroeuropea—, como atestiguan las polcas, mazurcas y valsos que hoy se pueden escuchar.

En los bailes se introducen, también a partir del siglo XVIII, las figuras con arcos y el palo con cintas. Uno de los más interesantes es el dance de Yebra de Basa, cuya letra no se conserva, pues es casi el único en el que han pervivido los instrumentos autóctonos originales para acompañarlo: la flauta o salterio y el *chicotén*, tambor de cuerdas que fue común en los valles pirenaicos.

Los dances más importantes de esta zona son los de Aínsa, Boltaña, Benabarre, Broto, Buesa, Oto, Jaca y Yebra de Basa.

## INDUMENTARIA TRADICIONAL

Hasta hace no mucho, todavía podían verse en Ansó y Hecho algunos hombres mayores ataviados con el traje típico de sus valles: era el último vestigio de una tradición ya perdida. Los trajes tradicionales del Pirineo aragonés, al igual que los del resto de la Comunidad Autónoma, son herederos de la moda dieciochesca, y ya sólo se utilizan en las fiestas patronales y en fechas señaladas. Hay pocos elementos de esta indumentaria anteriores al XVIII; quizás el *bancal* o mantilla de iglesia y la capa, o los sayos y gorgueras de los preciosos trajes de Ansó y Hecho, que parecen remontarse al siglo XV.

Hasta bien entrado el XIX, lo que hoy conocemos como “traje típico” era el que se vestía a diario, para faenar en el campo, más sencillo y funcional que los usados en las festividades; entre estos últimos, había diferentes tipos según fueran para bodas, entierros u otras fechas señaladas. Eran más costosos, se llevaban únicamente para las ocasiones y pasaban de padres a hijos. Las diferencias sociales quedaban claramente reflejadas en las indumentarias, que eran, lógicamente, más lujosas cuanto mayores fueran los “posibles” de cada familia. También variaban en función de que su propietario tuviese un determinado oficio o cargo (trajes de pastor, de Concejo, de cofradía, etc.).

Elementos comunes al traje tradicional de todo Aragón fueron el calzón ajustado a la rodilla, las alpargatas de cáñamo y el pañuelo a la cabeza en los hombres o *cachirulo*, al que se atribuye un origen musulmán. La influencia francesa se deja sentir en el Pirineo en ciertos adornos y cintas de los vestidos de las mujeres. Los trajes más vistosos y que mejor se han conservado son los de Ansó y Hecho, bastante similares a los del vecino valle navarro del Roncal. Los de mujer son riquísimos, con varias faldas o *basquiñas* superpuestas, camisas bordadas con mangas abombadas, altas gorgueras, corpiños, canesúes, *bancales* para la cabeza, escapularios, pendientes y gargantillas (“sofocantes”)... Se usaban tejidos de lino y algodón para las prendas interiores; lana para *basquiñas* y *bancales*;

terciopelos, sedas, panas y rasos para chalecos, fajas y adornos. Y todo ello de vivos colores. Los hombres llevaban el llamado *sombrero de Sástago* o *de medio queso*, ladeado y sobre el cachirulo, además de diversos tipos de chalecos y fajas y, en ocasiones, chaqueta y hasta capa con esclavina de paño. Sería demasiado prolijo relatar aquí las diferentes variantes y modalidades existentes, y sus innumerables complementos. Baste decir que es un gozo que hayan pervivido hasta hoy en día y que se puede asegurar que los trajes cheso y ansotano se cuentan, sin duda, entre los más hermosos de la Península.



*Boda ansotana (Foto: L. Serrano)*

Hay versiones simplificadas de estos vestidos en valles anejos. En la Canal de Berdún, el traje femenino consta de corpiño con mangas postizas, pañuelo por encima, falda corta de bayeta roja o parda con franjas y adornos negros y pañuelo anudado atrás, en la cabeza. Con algunas variantes, esta misma indumentaria alcanza a las comarcas de Jaca, Gistaín, Broto y Bielsa. En síntesis, se puede hablar de una modalidad reconocible de traje altoaragonés

a partir del siglo XVIII, con variantes que dependen no sólo de los gustos y usos comarcales, sino de la condición económica y social de quien los llevase, de los productos textiles utilizados y de las influencias foráneas llegadas a través de las vías comerciales.

### **FIESTAS Y CULTURA**

Con una naturaleza tan variada, el Pirineo aragonés es escenario singular de multitud de celebraciones que tienen su raíz en la tradición popular. Enramadas, mayos y romerías en primavera, dances, bailes, paloteados y fiestas patronales en verano, *sanmigueladas* y *mojigangas* en el otoño, o la matacía y los carnavales en el invierno, ofrecen una amplia variedad donde lo lúdico y lo ritual se dan la mano y donde la participación popular garantiza su pervivencia.

Por otra parte, en las últimas décadas se vienen organizando ciclos de actividades culturales y Festivales Internacionales (Ciclo de Música del Camino de Santiago, Festival Folklórico Internacional de los Pirineos en Jaca, Festival Internacional de las Culturas “Pirineos Sur” en el embalse de Lanuza, Festival del Somontano, etc.) que completan un panorama muy atractivo para todo tipo de públicos.

He aquí una selección, por estaciones, de las fiestas, romerías y actividades más interesantes que tienen lugar, a lo largo del año, en el Pirineo aragonés.

## FIESTAS Y ROMERÍAS

### **Invierno**

---

#### *Enero*

En Nochebuena se sigue celebrando aún el en muchos pueblos el rito de “La tronca de Nadal”. En Nochevieja y en la Noche de Reyes, los mozos hacen de “celestinos” en Baldellou y Bailo, respectivamente, y van casando parejas entre mozos, tiones, viudos y sus “contrarios” femeninos. Para San Victorián, en diversos pueblos del Sobrarbe honran al santo con hogueras. El día de San Antón se bendicen los animales domésticos y para San Fabián y San Sebastián se celebran en muchos lugares hogueras y romerías.

#### *Febrero*

Para Santa Águeda, las mujeres “toman el poder” y durante ese día “mandan” sobre los hombres. El Carnaval, fiesta invernal por excelencia, lleva consigo la inversión de los roles sociales y la aparición de disfraces y personajes como *trangas*, *madamas*, *amontatos*, *galuchos*, *garretas* y *onsos* (osos) en Bielsa, donde se celebran los carnavales más arraigados del Pirineo aragonés, aunque no los únicos (también los hay en San Juan de Plan, Gistaín, Plan o La Fueva).

### **Primavera**

---

#### *Semana Santa*

Son destacables las procesiones de Jaca. La víspera del Domingo de Pascua se celebran rituales que simbolizan la lle-

gada de la Primavera, como las *enramadas* o colocación de ramos de flores en las ventanas de las mozas solteras, y la tradición de plantar, por la noche, el *mayo*, un pino o chopo limpio de ramas que es colocado por los mozos en la plaza mayor. El Lunes de Pascua, en algunos municipios de la parte oriental pirenaica, se celebran romerías con comidas al aire libre.

### *Mayo*

El primer viernes de mayo se celebra en el *Llano de La Victoria* de Jaca la fiesta que conmemora la batalla que ganó el Conde Aznar sobre los musulmanes a principios del siglo IX. El cortejo de labradores y artesanos y la cabalgata de los mozos con la bandera se dirigen hacia la Virgen de la Victoria y, tras el almuerzo, regresan en desfile, haciendo salvas de pólvora y volteando banderas, hasta el ayuntamiento, donde se canta el himno del Primer Viernes de Mayo. A mediados de mes tiene lugar la Fiesta del Descenso de las Navatas (balsas de troncos), en la que los *navateros* de Laspuña bajan hasta Aínsa por el río Cinca, tal y como hacían sus antepasados para transportar la madera.

### *Junio*

El día 8 se recita en Benabarre una de las pocas *pastoradas* que todavía se conservan; la imagen de San Medardo preside el satírico diálogo entre el *mayoral* y el *repatán*.

## **Verano**

---

### *Junio*

La víspera de San Juan se prenden ramas de pino para encender una gran hoguera en los pueblos de San Juan de Plan, Ere-

sué, Laspaúles y Suils. Al día siguiente, Santa Orosia, se celebran dos destacadas romerías en Yebrá de Basa (precedida por sus famosos danzantes) y en Jaca, en donde se dan cita más de cuarenta cruces procesionales de los pueblos cercanos. En Benasque, el día 30, los hombres realizan el *Ball de Benás*, en honor a San Marcial, sobre cuya música se compuso el famoso *Himno de Riego*.

### Agosto

Es el mes “rey” de las fiestas patronales, en las que no falta bullicio, bailes de verbena, bebida y comida abundantes, juegos y dances tradicionales, bailes y paloteados, como los de Eriste, Aragüés, Oto, Boltaña, Bisaurri y Buesa. En la capital de la provincia se celebran las Fiestas de San Lorenzo; hasta Huesca se desplazan muchos altoaragoneses para vivir un excepcional ambiente entre sus danzantes, la tradicional pañoleta verde y el ramito de albahaca. A mediados de mes, para la *Virgen de Agosto*, destaca la popular romería a la ermita de Santa Elena, en la entrada del valle de Tena. El último domingo se celebra en Ansó la Fiesta de Exaltación del Traje Típico, en la que los ansotanos lucen sus espléndidas indumentarias e invitan a los visitantes a degustar las sabrosas *migas*.

### Septiembre

A mediados de este mes, que da aún cobijo a numerosas fiestas patronales, tiene lugar en Aínsa, cada dos años, la representación de *La Morisma*, drama popular que rememora la victoria del Conde de Sobrarbe, García Jiménez, sobre los musulmanes gracias a la aparición de una cruz sobre una carrasca.

## **Otoño**

---

### *Septiembre*

El día 29 se celebra San Miguel, fecha que, sobre todo antaño, señalaba el retorno de los pastores a sus lugares de origen, tras haber permanecido todo el verano en los pastos de la montaña con el ganado. Era también el momento en que cada casa renovaba los contratos con los criados.

### *Octubre*

Para la Virgen del Pilar, en Torla se baila el dance, en Castejón de Sos el baile de pañuelos y en Bielsa se sube de romería a la Virgen de Pineta.

### *Noviembre*

Es el mes de la matacía del cerdo, una ancestral tradición en la que el festín está asegurado y en la que todos los vecinos que lo desean pueden participar.

## **ACTIVIDADES CULTURALES**

## **Invierno**

---

### *Festival Internacional de Cine Deportivo*

Se celebra todos los años en Jaca a principios de diciembre, cada vez con mayor categoría y repercusión internacional.

## **Verano**

---

Casi todas las actividades culturales que se organizan en el Pirineo aragonés tienen lugar en la estación estival, por ser la más benigna del año, ya que la gran afluencia de visitantes que conoce la zona durante el invierno está casi exclusivamente orientada a la práctica de los deportes de nieve.

### *Festival Internacional de las Culturas “Pirineos Sur”*

Es uno de los más importantes en su género del sur de Europa. Viene celebrándose anualmente desde 1992 durante la segunda quincena de julio en el valle de Tena. Su principal escenario está situado en un entorno muy singular, sobre las aguas del embalse de Lanuza, aunque también es sede de otras actuaciones y actividades la villa de Sallent de Gállego. En cada edición se programan más de 35 conciertos de artistas de todo el mundo, preferentemente de música étnica, tratando de combinar a los de renombre europeo y mundial con otros, menos conocidos pero no menos interesantes, de países exóticos. El alto nivel de calidad y la coherencia de su programación han convertido a este festival en una cita “inexcusable” para los amantes de la cultura popular.

### *Festival Folklórico de los Pirineos*

Desde hace más de un cuarto de siglo se dan cita en Olorón y en Jaca, alternativamente (los años pares en la villa bearnesa, los impares en la aragonesa), numerosos grupos folclóricos provenientes de los cinco continentes. Las actua-

ciones se desarrollan a diario, durante la primera semana de agosto, tanto en recintos cerrados como en la calle, lo que otorga a Jaca, bianualmente, ambiente y colorido cosmopolitas.

### *Festival Internacional en el Camino de Santiago*

Desde 1992 se celebra cada año este festival especializado en música antigua, desde la Edad Media al Barroco. Las actuaciones se suceden durante todo el mes de agosto en diferentes poblaciones del tramo aragonés del Camino de Santiago, siempre en iglesias y monasterios románicos. Canto gregoriano, motetes, conciertos de órgano barroco o de música de cámara, a cargo de solistas y agrupaciones de prestigio, ofrecen al visitante una inigualable ocasión de disfrutar de la “música culta” en su contexto.

### *Festival Internacional de Música “Castillo de Aínsa”*

También desde 1992, en el restaurado y monumental castillo de la capital del Sobrarbe, tiene lugar este festival que ofrece espectáculos de música con raíces, popular, “folk” y étnica, durante la primera quincena de agosto.

### *PIR, Festival de Música y Cultura de los Pirineos*

Se celebra desde 1997 en la mancomunidad de los valles de Ansó y Hecho y su objetivo es contribuir a la difusión de la música y la cultura pirenaicas.

## LA COCINA PIRENAICA ARAGONESA

La del Pirineo aragonés es una de esas cocinas que han sabido hacer de la necesidad, virtud. Como es usual en toda la gastronomía popular española del interior, la escasa variedad de alimentos se ha sabido suplir con imaginación. Esa misma limitación ha obligado a agudizar el ingenio, muchas veces, para llegar a obtener toda una serie de platos sabrosos, bien condimentados y con el aporte calórico que el duro clima exige. La cocina pirenaica aragonesa se nutre, fundamentalmente, de “la huerta y el corral”.

Pocas comidas hay más esenciales y sabrosas que unas buenas migas de pastor del Pirineo, hechas con pan, sebo, ajo y, cuando lo hubiere, jamón o longaniza. Como pasa con todos los platos de la cocina “pobre”, el saber darle su punto exige un conocimiento casi “alquímico” que no está al alcance de cualquiera; la destilería del tiempo y del saber popular es en esto insustituible.

Remedando el refrán, se podría afirmar: “Dime lo que comes y te diré quién eres”. Referirse a la gastronomía de un pueblo es visitar su legado cultural. Hoy en día —es el signo de los tiempos—, la pérdida de identidad de las culturas autóctonas y la homogeneización de los usos cotidianos también se han hecho notar en la gastronomía altoaragonesa; pese a todo, aún se conservan bastantes platos propios de la zona que se pueden degustar en las casas y en muchos de los restaurantes del Pirineo.



La gastronomía del Pirineo aragonés ha recibido influencias, fundamentalmente, de tres zonas limítrofes: Navarra, Francia y Cataluña. Prima en ella la sencillez, sobre todo en el yantar de cada día, que solía ser bastante frugal. Para las ocasiones señaladas y festejos se elaboraban unos guisos que exigían mayor preparación; ocasionalmente, en ella intervenía el hombre. Excelente agasajador, en estas comilonas o lifarras el anfitrión no paraba en prendas y la pitanza y el vino no se echaban a faltar.

Tradicionalmente, se hacían tres comidas en el día: el almuerzo o desayuno, al levantarse, a base de leche, gachas de maíz o farinetas y huevos fritos con panceta. La comida, al mediodía, compuesta de una ensalada y un *recao* o cocido. Y la cena, hacia las siete u ocho de la tarde, consistente en sopa, verdura y algún postre dulce.

En las fiestas principales, como Nochebuena y Navidad, por ejemplo, se preparaba un menú muy similar en toda la faja pirenaica aragonesa. La cena de Nochebuena podía

muy bien consistir en escarola, cardo con salsa de piñones, capón, fruta, poncho o *vino melao* y, como postre, turrón de guirlache y mazapán, café y licores. Para la comida del 25 de Diciembre era usual servir entremeses, caldo, gallina con arroz, ternasco asado, melocotón con vino, fruta, turrón, café y licores.

En una época como la actual, en la que se ha alcanzado un notable nivel de vida, puede resultar sorprendente recordar que el alimento básico y principal de la dieta popular del Pirineo aragonés era el pan. Negro o blanco, según fuera de centeno o de trigo, cada valle contaba con sus peculiares instrumentos para amasarlo y con su característica organización de los hornos, muchos de los cuales eran comunales para todo un pueblo. La tradición cristiana, que hace del pan un elemento simbólico muy importante, mandaba hacer sobre él una cruz con el cuchillo antes de partirlo, y besarlo si caía al suelo. El pan no podía malgastarse y, cuando se endurecía, había múltiples maneras de reutilizarlo: las mencionadas migas, los empanados y diversas sopas (de ajo, *sopón de fraire*, e incluso el caldo al que, como a la leche o al café, se añadían “remojonos”).

Es muy habitual el consumo de alimentos de origen silvestre, como las hierbas medicinales y aromáticas (té de roca, manzanilla, tila, romero, tomillo, espliego, ajedrea, hinojo o *cenajo*, etc.) o algunas otras que aderezaban riquísimas ensaladas, como los berros, el diente de león o la

achicoria. El *sarrón* o *sarrión*, una espinaca que crece en las majadas, o el espárrago silvestre y el triguero eran verduras espontáneas muy apreciadas. Los bosques pirenaicos proveían las despensas de bayas y frutos que se consumen directamente o se emplean para la preparación de confituras y postres: fresas silvestres, *chordones* o frambuesas, moras, sabucos, *endrinas* o pacharanes, entre otras, amén de los consabidos frutos secos, como las avellanas, las nueces o las bellotas.

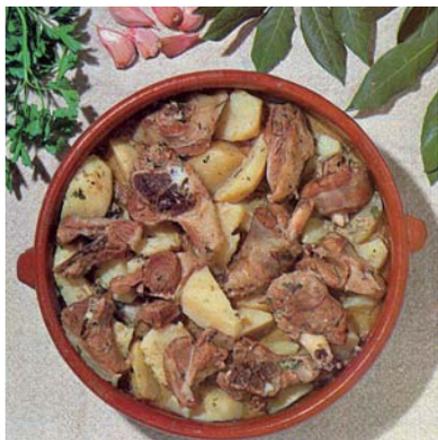
Un dato curioso es el hecho de que, pese a la variedad de setas que se pueden encontrar en la zona, el altoaragonés ha sido bastante remiso a incluirlas en su dieta. La más consumida es el *robellón* o *robichuelo*, conocido en otras partes como níscolo, hongo carnoso y de fuerte sabor; pero con las primeras lluvias del otoño aparecen muchas otras variedades: *boletos*, *sisones* o *perrechicos*, *saliotas*, *agáricos*, *setas de cardo*, *morillas* o *mocharrones*, etc.

Entre los pescados de río el rey es, sin duda, la trucha, bien sea preparada *a la navarra* (frita, con una loncha de jamón serrano en el vientre), bien asada en barro, como en Hecho (la *trucha en buro*), frita como en Aísa, *tapada* como en el Alto Isábena (guisada con cebolla) o bien al modo de Seira, es decir, cocinando las exquisitas *truchas para visitas* (sazonadas con aceite, sal, limón y hierbas aromáticas, rebozadas en harina y fritas en manteca para

acabar siendo hervidas, durante un minuto, con vino blanco). El método de pesca tradicional de la trucha era *a uñeta* (con la mano), o bien, *a tresmallo* (con red). También las ancas de rana son un plato exquisito que no faltaba en los platos de muchos hogares altoaragoneses.

Las aves de caza son la base de numerosas recetas: *tordos en escabeche*, *pajaricos encebollados*, *torcaz estofada*, *paloma con arroz*, *polla de balsa*, *pichón en salmorejo*, *tartaleta de cogujadas*... La codorniz, pieza muy codiciada entre los cazadores, es otro ingrediente principal de riquísimos platos, como *los pimientos verdes al horno rellenos con codornices*. La perdiz, asimismo muy apreciada, se puede preparar de otras muchas formas: escabechada, con setas, en guiso, etc. El conejo de monte y la liebre eran manjar habitual en la mesa de los hogares de los cazadores, preparados a la brasa, con caracoles y hasta con chocolate.

Otros dos platos característicos en la dieta del cazador pirenaico eran el sarrío y el jabalí. La carne del primero, aunque excelente, es algo dura y tiene un tufillo muy marcado, por lo que era preciso prepararla convenientemente, dejando que “se pasara”, poniéndola en adobo un par de días o cociéndola en vino tinto. Del jabalí, que se cocinaba guisado, eran muy apreciados los chorizos y longanizas que se hacían con su carne. Y, más recientemente, también la carne de ciervo se sirve en sabrosos guisos.



*Cordero a la pastora (Foto: Pedro José Fatás)*

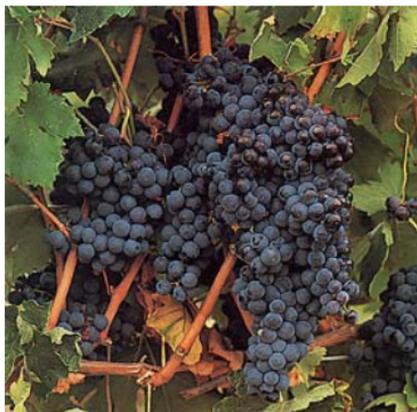
Pero, sin duda, y gracias a los ricos pastizales pirenaicos, la carne de mayor consumo era la de res, sobre todo la ovina. Las riquísimas *costillicas de cordero a la brasa*, sencillas pero tan sabrosas, o el *ternasco a lo pobre*, con patatas, y la *caldereta* o el *ternasco a la pastora*, en guiso, son variedades de la gastronomía del cordero bien identificativas. Y hay otros platos tan curio-

sos como los *espárragos montañeses* de Guarga, Tella y Ansó, que son colas de cordero refritas y con salsa de pimiento y tomate. La carne también se pone a curar para hacer el *salau* o *salón*, que proveerá la despensa de proteína animal. Existen otras muchas recetas de cordero y de cabrito, carne autóctona de excelente calidad que va siendo promocionada últimamente por las instituciones.

De los animales estabulados, el más importante para la economía rural pirenaica, verdadera base de su despensa, es el cerdo, tocino o *cochín*, que se cría con los desperdicios de la comida familiar y cuyos productos, los elaborados en la *matacía*, pueden ser conservados durante bastante tiempo. La *matacía* era un ritual anual y se cele-

braba como una verdadera fiesta. Una vez muerto el animal, las mujeres se aprestaban a preparar los chorizos, las morcillas y las longanizas. Las patas del cerdo se curan con sal y se convierten en jamón serrano. Todo se aprovecha del *cochín*; sus ricos embutidos colgaban en las *falsas* provisionando de ricos y calóricos alimentos a las casas pirenaicas. El pollo y la gallina de corral procuraban carne fresca, no para consumir a diario, pero sí para ser guisada en determinados días festivos; y, también, para hacer caldos (de enfermo o “de parida”). Una manera tradicional de preparar el pollo en Aragón es hacerlo *a la chilindrón*, con salsa de tomate y pimiento, pero estas aves de corral admiten gran variedad de guisos. Los huevos, fritos o en tortilla, son un elemento básico en la dieta del hogar altoaragonés. Y no podemos olvidar la leche, que sirve para preparar quesos y requesones y para la confección de no pocos postres.

La huerta es el complemento que aporta a la cocina pirenaica las vitaminas y minerales que la equilibran. Lechugas o ensaladas, col, cebollas, borrajas, acelgas, patatas, tomates, zanaho-



*Uva tempranillo del Somontano*

rias, guisantes, judías verdes, bisaltos y cardos son verduras básicas en la dieta cotidiana, en la temporada de verano, junto con las legumbres. Se consumen solas o bien formando parte de guisos con su aporte de carne o de pescado. Era usual preparar las ensaladas, por ejemplo, con abundante aceite y vinagre y un poco de agua, y beberse el caldillo que sobraba directamente del plato, al finalizar. El arroz se añade, a menudo, a los guisos o potajes. Son famosas, por su finura, las judías blancas o *boliches* de Embún, y también los espárragos de la Canal de Berdún.

Los pescados en salazón, como el bacalao o *abadejo* y la sardina de cubo o *guardias civiles*, fueron siempre muy empleados en la cocina altoaragonesa, hasta el punto de que hay quien dice —erróneamente— que el *bacalao al ajoarriero* es originario de estas tierras pirenaicas.

La repostería casera ha tenido en las *tortas*, dulces o saladas, pintadas de huevo o con granitos de anís para aromatizarlas, su máxima expresión popular. *Tortas*, *monas*, *dobladillos*, *cocas* o *empanadicos*, exquisitos todos ellos, eran elaborados con sus peculiares ingredientes en cada pueblo, valle o comarca, y eran los postres más representativos de la gastronomía tradicional pirenaica, junto con los guirlaches, las yemas y los bizcochos.

Y, para completar una buena comida, no deben faltar ni el vino ni los licores. El Pirineo aragonés no ha sido tierra de cultivo de la vid, por lo que el vino se solía importar a

granel de zonas como Cariñena. Pero nunca faltaba en las bodegas (donde se “espirallaba” o trasegaba de las cubas, para Semana Santa); para su mayor aprovechamiento, parte de él se dejaba convertir en *vino rancio*. También se preparaba cocido con membrillo, canela y nuez moscada, o bien con ciruelas secas, pasas, manzanas, cortezas de naranja y canela, prendiéndolo a continuación, modalidad que recibía diferentes nombres (*poncho, vino melao, vino de San Juan, vino sabuco*), sobre todo en Navidad. Hasta hace no mucho tiempo, todavía se podían ver en las casas alambiques para destilar aguardientes, que eran aromatizados con guindas, *chordones, endrinas* o *pacharanes* y otras frutas. Y no poca fama tiene, aun hoy en día, el añis de Colungo.

En la actualidad, y gracias al esfuerzo y buen hacer de varias bodegas de la zona del Somontano de Barbastro, se elaboran excelentes caldos bajo la Denominación de Origen “Somontano” que gozan de un amplio reconocimiento nacional e internacional.

Existe, por otra parte, en todos los valles pirenaicos aragoneses una excelente oferta de gastronomía que combina los platos más tradicionales con creaciones elaboradas a partir de las materias primas del país, amén de los platos de la cocina estándar internacional. Se ha mejorado mucho en servicio y en instalaciones, y hay posibilidades de elección para todos los gustos y bolsillos.

# EL PIRINEO ARAGONÉS ACTUAL



## LA DESPOBLACIÓN

**U**no de los problemas que viene padeciendo el Pirineo aragonés en los últimos cuarenta años es el de su despoblación. La España interior, en conjunto, y Aragón, en particular, han sufrido la emigración masiva del campo a la ciudad. Y, en el caso que nos ocupa, este fenómeno, agravado por el envejecimiento de la población rural, ha provocado el abandono de muchos pequeños núcleos de población. Huesca es la provincia española que más pueblos abandonados cuenta en su haber. Paradójicamente, mientras las clases medias urbanas buscan una segunda residencia en el Pirineo, numerosas localidades de los somontanos y de la montaña pirenaica van quedando abandonadas, sus casas derruidas, su pequeña intrahistoria muda para siempre.

Los habitantes de las tierras pirenaicas tenían, tradicionalmente, bastante movilidad. En invierno, con el ganado estabulado y paralizadas las faenas agrícolas, muchos iban a trabajar a Francia, a pastorear a la Tierra Baja o a regiones vinícolas para ayudar en la vendimia. Pero siempre volvían, con sus cuartos ahorrados, para contribuir a sostener la casa. A partir del Plan de Estabilización del desarrollo franquista, las ciudades (Zaragoza y Barcelona,

sobre todo) atrajeron en masa a inmigrantes procedentes del Pirineo que buscaban en la seguridad del sueldo fijo y el confort de la urbe la posibilidad de progresar.

La política hidráulica provocó la despoblación, en muchos casos, de pueblos enteros, algunos de los cuales han sido recuperados en los últimos años gracias a la actividad de colectivos sensibilizados con este problema. Valgan como ejemplo los siguientes: Morillo, Ligüerre, Griébal, Búbal, Saqués, El Pueyo de Jaca, Lanuza...

En 1975, de los 38 municipios que existían en el Sobrarbe y la Jacetania, 34 estaban ya menos poblados que en el año 1900, y uno de los cuatro que había incrementado su número de habitantes, Lanuza, dejó de existir bajo las aguas de un embalse. Sólo dos pequeñas ciudades, Jaca y Sabiñánigo, motores de los servicios y de la industrialización del Pirineo occidental aragonés, han experimentado un notable crecimiento demográfico a lo largo del siglo XX, pues han sido el destino de parte de la emigración interior.



*El campanario de Mediano, testigo de un pueblo desaparecido (Foto: J. Rayado)*

La preocupante situación actual, sin embargo, puede dar paso a la esperanza gracias a varios factores. En primer lugar, el Pirineo se ha consolidado como un destacado destino de ocio y turismo. Las comunicaciones han mejorado sustancialmente en los últimos tres lustros, aunque todavía queda mucho por hacer. Todo ello ha contribuido al florecimiento de un sector terciario que, poco a poco, va fijando población en los pequeños núcleos turísticos. Se crean negocios familiares de hostelería o de servicios (guías de montaña, deportes de aventura, picaderos ecuestres, etc.), dirigidos por gente joven de los valles que no se ve, así, forzada a marcharse. Y las expectativas de crecimiento del turismo de montaña, tanto en invierno como en verano, son verdaderamente alentadoras.

## **TURISMO *VERSUS* GANADERÍA Y AGRICULTURA**

En las últimas décadas, el Pirineo aragonés ha vivido una transformación sustancial en su economía: de estar basada principalmente en las actividades del sector primario (ganadería y agricultura) a ver cómo se desarrollan poderosamente las del terciario (turismo y servicios en general), proceso que arrancó en la década de los sesenta, con la aparición del turismo de masas.

Hasta entonces, la vida de los valles pirenaicos estaba sujeta al ciclo natural agrícola; y el objetivo principal de las

familias era la pervivencia de la casa, como núcleo social de integración y de sustento económico. Pero muchas de ellas vieron en el turismo la posibilidad de mejorar sus condiciones de vida, y la fuerte expansión de la construcción y de los servicios anexos al turismo (hostelería, estaciones de esquí, pequeño comercio, etc.) que se produjo en la zona les ofreció la oportunidad de cambiar su tradicional modo de vivir y de pensar por otro más acorde con los tiempos, más burgués y menos basado en las actividades agrícolas.

Basta con atender a datos concretos, como el de la desaparición de la cabaña vacuna de los valles pirenaicos en un espacio relativamente corto de tiempo, para comprender la radical transformación que ha sufrido el sistema de vida tradicional de estas tierras.

El turismo también ha evolucionado mucho en los últimos tiempos; de las demasías constructivas de los 70 y los 80, debidas a la abundante demanda de apartamentos, se ha pasado a una mayor



*Rebaño pastando cerca de Lanuza (Foto: L. Serrano)*

diversificación de las necesidades de quienes visitan la zona y ha aparecido un nuevo estilo de turismo, el llamado “turismo rural”, que ha obligado, en muchas ocasiones, a rehabilitar las *bordas*, las *pardinas* y las casas solariegas que sus mismos propietarios tenían en el abandono, ya por escasez de recursos, ya por haberse ido a vivir a un piso más moderno en las cabeceras de comarca.

Así, pues, el turismo, aunque suele conllevar inevitablemente el deterioro del medio ambiente, puede con-



*Montañero en el Valle de Benasque (Foto: J. Rayado)*

vertirse en un buen aliado para el desarrollo de la zona; eso sí, si se produce de forma ordenada y si las autoridades y las fuerzas sociales continúan fomentando la implantación de modalidades alternativas asociadas a los modos de vida tradicionales de los valles. Porque quienes habitan el Pirineo tienen, por encima de cualquier otro, el derecho a poder vivir cada día mejor sin tener que abandonar sus raíces.

## **LAS ESTACIONES DE ESQUÍ**

Una de las señas de identidad del Pirineo aragonés es la nieve y la práctica de los deportes basados en ella, principalmente (aunque no sólo, pues existen excelentes pistas de esquí de fondo) el esquí alpino. Las estaciones de esquí son uno de los pilares fundamentales sobre los que se asienta la economía de los valles pirenaicos. Cada temporada, cientos de miles de visitantes acuden a sus pistas, con lo que ello supone de ocupación hotelera y de estímulo para los sectores inmobiliario y de servicios durante buena parte del año.

Las inversiones en las infraestructuras asociadas a la práctica de los deportes de nieve y a la oferta de servicios para los visitantes son muy cuantiosas; tanto desde el sector público como desde el privado se han hecho grandes esfuerzos para su instalación, mejora y mantenimiento. La innivación artificial, por medio de cañones de nieve, ha

contribuido a garantizar la existencia de nieve durante más días por temporada, lo que resulta especialmente necesario en un ciclo climático como el que atravesamos, en el que a la nieve, muchos inviernos, le cuesta “hacerse ver”.

Cinco son las estaciones aragonesas de esquí alpino: Astún, Candanchú (unidas desde 1999 en una única estación), Panticosa-Los lagos, Formigal y Cerler.

## **INFRAESTRUCTURAS Y MEDIO AMBIENTE (EL PIRINEO DEL SIGLO XXI)**

Es difícil establecer un diagnóstico objetivo sobre la salud y el futuro del Pirineo. Al otro lado de la frontera, en Francia, se decidió hace ya tiempo convertir su vertiente de las montañas en Parque Nacional. El umbrío lado francés es, por eso mismo, más virgen y salvaje. En el español, sin embargo, se ha sufrido la endémica falta de una política coherente de ordenación del territorio y de preservación del medio ambiente, en los sucesivos y diferentes ámbitos estatal y autonómico de la Administración.

En la actualidad, sigue viva la polémica sobre cómo desarrollar sin destruir, ya que no es siempre posible hacer lo uno sin lo otro. Conseguir ese equilibrio equidistante entre el proteccionismo idealista y el feroz desarrollismo especulativo es tarea que compete a todos.

Sorprende, a estas alturas, la inexistencia de directrices políticas claras y tajantes para la ordenación del Pirineo aragonés, aspecto vital de su futuro que, en ocasiones, ha quedado sujeto nada más que a las apetencias especulativas del negocio de la construcción, por lo que se han tomado decisiones en materia de urbanismo que han dañado gravemente el paisaje y la tradición arquitectónica de los valles. Muchas casas ven desaparecer sus centenarias techumbres, sustituidas por chapas de uralita o por teja industrial, porque no hay ayudas para que sean restauradas con losas o con pizarra, materiales mucho más costosos.

Las comunicaciones han mejorado de manera espectacular en las dos últimas décadas, algo que era esencial para fijar la población y fomentar el turismo. La vieja reivindicación de la reapertura del ferrocarril a Francia por Canfranc es una constante que, aunque parece vivir entre fases de continua hibernación, ha revivido con fuerza recientemente.

Dos nuevos ejes de comunicación por autovía, el de Pamplona-Jaca y la autovía transpirenaica, son proyectos que duermen, de momento, en los cajones, aunque parece ser que en pocos años habrán de ser una realidad. Un túnel que abra los Pirineos aragoneses a Europa por el centro, el de Vignemale, compite aún, hoy por hoy, con otros proyectos similares que parten de otras Comunidades Autónomas.



*El Valle de Hecho (Foto: C. Villarroya)*

# EL GOZO DE LOS SENTIDOS (INVITACIÓN A UN VIAJE ALUCINANTE)



## LA CANAL DE BERDÚN, HECHO Y ANSÓ

**L**a Canal de Berdún, Hecho y Ansó son los valles más occidentales del Pirineo aragonés. A lo largo de unos 80 km, desde la parte navarra hasta Jaca, esta zona constituye el límite sur de la cordillera. Hecho y Ansó son sus dos poblaciones principales.

La Canal es una gran depresión entre montañas, atravesada por el río Aragón, que sirve de paso al tradicional Camino de Santiago. Se trata de una comarca todavía no explotada masivamente por el turismo y que posee algunos de los enclaves más bellos de todo el Pirineo: los hayedos de Zuriza en la cabecera del valle de Ansó, la Selva de Oza en el de Hecho, impresionantes elevaciones de arenisca y caliza y montes con la gallardía de la Peña Forca o del gigante Bisaurín (2.676 m, la mayor altura de la zona).

Los valles vienen marcados por sus respectivos ríos: el Veral en el de Ansó, el Aragón Subordán en el de Hecho y el Osia —cuyas aguas desembocan en el Aragón Subordán— en el más cercano a Jaca, el de Aragüés del Puerto.

Todos ellos llevan —directa o indirectamente— sus caudales hasta el río Aragón. Por presentar las alturas más moderadas de todo el gran enclave montañoso en su parte aragonesa, los valles occidentales son utilizados como parada y fonda por multitud de aves migratorias y en ellos se encierra la reserva más importante de una de las especies autóctonas de fauna más amenazadas: el urogallo.

La villa y el valle de Ansó conservan parte de su tradición ganadera como base de un rico acervo de elementos culturales que les confiere una particular identidad. De todos ellos, el famoso traje ansotano es sin duda el más popular. La capital del valle le ha dedicado un museo en un lugar preferente, a la vera de sus casas con tejados de pizarra y solanas de madera. En la parte alta del pueblo, la iglesia de San Pedro (gótico tardío, de finales del siglo XVI) se alza orgullosa exhibiendo su portada plateresca de piedra negra y sus retablos y coro barrocos.

Es usual tomar el llano de Zuriza como punto de partida de las excursiones que pueden realizarse en estos valles: entre los barrancos de Petrechema y Petraficha se abren diversas posibilidades, y una de las más atractivas es, sin duda, la ascensión a la Mesa de los Tres Reyes, enclavada en los límites del valle de Ansó, el Pirineo navarro y el Bearne francés. Siguiendo el barranco de Petraficha se accede con facilidad al contiguo valle de Hecho, mientras que en la cara sur cabe la opción de caminar junto al

curso del Veral, río que, tras 24 km, enlaza Ansó con el pueblo de Berdún. Una estrecha y sinuosa garganta, la Foz de Biniés, bien merece una parada para admirarla. Una peculiaridad administrativa: el término municipal de Ansó es uno de los más grandes de España y en otro tiempo llegó hasta la estación de Candanchú.

Hecho, antigua capital del condado de Aragón, es la cabecera de las cinco poblaciones a cuya vera discurre el Aragón Subordán. La iglesia parroquial de San Martín, que conserva restos de su fábrica románica fechada en el siglo XII, y el imponente Monasterio de Siresa —donde se educó Alfonso I *el Batallador* y refugio de peregrinos del Camino de Santiago— son dos paradas obligadas para el visitante.

Desde Siresa, las mejores excursiones se dirigen, a la sombra de la Peña Forca, hacia el valle de la Renclusa, a Gabardito o, algo más arriba, a la Boca del Infierno, con su singular fenómeno de inversión térmica y la presencia única de la *corona de rey*, extraño y espectacular ejemplar de la flora autóctona. Sin embargo, la Selva de Oza es el principal destino para los visitantes de este valle. A tan sólo 12 km de Hecho, este frondoso bosque —que acoge un *camping* bien equipado— se ofrece como base para organizar variados recorridos, como el que conduce al ibón de Acherito: tres horas de paseo, en las que se salvan 800 m de desnivel, permiten disfrutar de un lago incompa-

nable, encerrado entre imponentes cumbres. Un poco más al norte, marcando un punto intermedio entre valles, se extiende el gran ibón de Estanés, cuyas aguas aprovecha una central eléctrica francesa.

El valle de Aragüés discurre por el camino que traza el río Osia. Su núcleo principal, Aragüés del Puerto, es un bello exponente del modelo de pueblo altoaragonés con calles empinadas y estrechas. Antes de llegar, se debe visitar Jasa, cuyas viviendas muestran abundantes escudos heráldicos. Este valle es lugar habitual de reunión para los aficionados a la caza y la pesca, aunque no se puede desdeñar en absoluto el atractivo antropológico de algunas construcciones megalíticas presentes en la zona —sobre todo, dólmenes— y de las numerosas bordas conservadas en la zona de Labati, a pie del Bisaurín.

Al norte, es recomendable acercarse hasta el nacimiento del Aragón Subordán en el maravilloso glaciar de Aguas Tuertas, así llamado por los numerosos meandros que presenta en su recorrido inicial. Siguiendo hacia levante, se alza la hasta hace poco olvidada iglesia románica de San Adrián de Sasabe (siglo XII), junto al pueblo de Borau; es el edificio superviviente de un famoso monasterio de la Alta Edad Media que custodió el Santo Grial antes de que fuera trasladado a San Juan de la Peña. Aunque pertenece ya al ámbito del valle del río Aragón, se le incluye entre los tesoros de los valles occidentales.

Estas tierras conforman, además, una sociedad bien avenida para la promoción inteligente del turismo deportivo y ecológico. Los municipios de Fago, Ansó, Hecho, Aragüés y Jasa se han unido para fomentar la práctica del esquí de fondo en las partes altas de sus respectivos valles, cuidando las carreteras y los refugios de montaña.

## EL VALLE DEL ARAGÓN

Es el centro histórico y el corazón legendario de Aragón. Somport (*Summus Portus* para los romanos) era la puerta de entrada por antonomasia al territorio desde la época ibera, y tuvo gran relevancia en la romana. Se trata de un valle rico en flora y fauna que se extiende hasta su capital,



*Estación internacional de Canfranc*

Jaca, base del turismo pirenaico. Zona atravesada por el Camino de Santiago, contaba en el arranque de la ruta, junto a la frontera, con el hospital de Santa Cristina de Somport, antiguo centro de reunión de peregrinos. Hoy alberga algunas de las más importantes estaciones de esquí en España.

El lanzamiento turístico del valle se inicia en los años veinte y tiene a Candanchú y Astún como principales atractivos. El esquí, no obstante, “convive” con el senderismo y con las excursiones clásicas por diversos parajes: desde el circo de Rioseta a las estribaciones del macizo francés de Aspe y los Lecherines, con sus cuevas heladas. No menos llamativa resulta la visión de la Canal Roya, lugar tradicional de campamentos, que debe su nombre a la coloración cobriza de sus laderas, presididas por el cercano alto de La Raca. Otra excursión que no conviene dejar de hacer, en una zona que tiene a Canfranc como población de referencia, es la de los paradisíacos ibones del Anayet, próximos a las cumbres de la elevación que les da nombre.

La estación internacional de tren de Canfranc goza de merecido prestigio como una de las más bellas del país; a su enclave privilegiado en un valle de ensueño une su arquitectura modernista y la particularidad de haber significado, en el momento de su inauguración (1928), un destacado motivo de orgullo personal para el monarca Alfonso XIII. Casi en desuso hoy, diversos proyectos de

reactivación del paso ferroviario a Francia han vuelto a ponerla de actualidad.

Desde Canfranc, los destinos de las rutas habituales pasan obligatoriamente por la inmensa mole de Collarada (2.886 m), aunque los desvíos a los valles paralelos de Izas e Ip son, igualmente, opciones muy recomendables. En las proximidades de Collarada está Villanúa, donde merecen verse, además de la figura románica de la Virgen en su iglesia parroquial, su famoso puente medieval y sus visitadas cuevas con sorprendentes formaciones de estalactitas y estalagmitas. En este paraje se halla el mayor tesoro megalítico de la región: los dólmenes de Guixas, Letranz y Cueva Tres Peñas, monumentos funerarios que datan de la Edad de Bronce.

De camino hacia Jaca, muy cerca de Borau y de la ermita de San Adrián, aparecen Aísa y su valle salpicado de pinares, prados y circos montañosos. Hacia el sur, Castiello de Jaca, parada gastronómica y punto de reunión legendario del Camino de Santiago, se encuentra circundado por el territorio de la Garcipollera, idílico y famoso por su amplia población de ciervos. Y, como elemento de atractivo artístico y religioso, en la cabecera del valle, la preciosa ermita románica (siglo XI) de Santa María de Iguácel.

Por fin, se llega a Jaca, la capital de la comarca y el valle, cuna de los iberos *iacetanos*, únicos pobladores pre-romanos de estas tierras de los que se tiene conocimiento.

El monarca Sancho Ramírez escogió esta ciudad, en 1077, como capital del reino de Aragón. En sus terrenos, hoy sobreexplotados turísticamente, encierra diversos tesoros, como el edificio renacentista de su Ayuntamiento, la Torre del Reloj (siglo XV), el magnífico Castillo de San Pedro o ciudadela (mandada construir por Felipe II a Spanocchi en el siglo XVI) y el puente bajomedieval de San Miguel, todo ello bajo la mirada de la Peña Oroel (1.770 m), símbolo de Jaca, que se halla a la salida de la ciudad en dirección hacia Sabiñánigo y Serrablo. De la catedral jaquesa de San Pedro, del siglo XI, monumento de obligada visita, ya se ha hablado en el capítulo dedicado al románico.

Jaca muestra gran vitalidad durante todo el año, y a su dinamismo se deben iniciativas que cuentan ya con varias décadas de vida, entre ellas los Cursos de Verano que imparte en la ciudad la Universidad de Zaragoza (los más antiguos de España) o los Festivales Folklóricos del Pirineo, organizados cada dos años y que alternan, como ciudades anfitrionas, entre Jaca y la francesa Olorón.

Saliendo de la capital de la Jacetania en dirección a Puente la Reina, en la N-240, un desvío a izquierda conduce al hermoso pueblo de Santa Cruz de la Serós, que conserva varias casas señoriales y dos estupendas muestras de arquitectura religiosa: la ermita de San Caprasio y la iglesia de Santa María, que sirven de pórtico a la ascensión al Monasterio de San Juan de la Peña. A los tres



*Vista de Jaca desde el sur (Foto: A. Ferrer)*

monumentos se ha hecho referencia, asimismo, en páginas anteriores.

El recorrido del río Aragón en el Pirineo termina en su confluencia con el Aragón Subordán. Allí se enlaza con la Canal de Berdún y el río se precipita en el pantano de Yesa, cuyo previsto recrecimiento es causa de conflicto en los últimos años por las protestas de los colectivos ecologistas que se oponen al proyecto.

## **SERRABLO**

Lo de “Serrablo, tierra del diablo” es un dicho popular. La pervivencia durante siglos en esta comarca de creencias y leyendas relacionadas con las brujas y los sucesos mágicos se manifiesta en multitud de detalles, como los remates de las chimeneas de las casas en piezas de piedra denomi-

nadas *espantabrujas*. Esta tierra posee un singular atractivo y alberga conjuntos de notable interés histórico.

El nombre de Serrablo es de reciente uso; no tiene más de tres décadas. Lo que tradicionalmente se conocía por Serrablo era la parte alta del actual territorio que designa, coincidente con el valle de Guarga, cuyo principal núcleo de población es Laguarda.

El atractivo turístico más destacado lo constituyen las iglesias de la llamada “Ruta de Serrablo”, en la ribera izquierda del Gállego. Forman un famoso conjunto arquitectónico datado entre los siglos X y XI, con catorce muestras palpables que unos califican de mozárabes y otros, de románicas: Arto, Basarán, Isún, Lárrede —su iglesia de San Pedro, probablemente el paradigma de las demás, sirve también para denominar al conjunto, pues se habla de los templos del “círculo larredense”—, Lasieso, Oliván, Ordovés, Orós Bajo, Otal, San Bartolomé de Gavín, San Juan de Busa, San Juan Bautista de Rasal, Satué y Susín. Entre sus elementos característicos, que no todas comparten, pues cada una de ellas posee su propia personalidad, pueden citarse sus reducidas dimensiones, su aparejo constructivo en piedra, su planta rectangular y sus bellas torres-campanario, amén de algunos rasgos decorativos, como los baquetones y las lesenas o bandas lombardas que animan el exterior de los muros, y las estrechas ventanas rematadas en arco de medio punto o de herradura.

Toda esta zona, cuyo rosario de aldeas abandonadas termina en el Monrepós —el puerto que une Huesca con Sabiñánigo— ofrece la posibilidad de realizar bonitas excursiones a pie, como la subida a San Úrbez en la localidad de Nocito (en el Pirineo aragonés se invoca a este santo para que llueva) o la visita al barranco de la Pillera. Cuenta también con leyendas entrañables, como la de la piedra de Ordovés, a la que se atribuyen mágicos poderes curativos contra venenos y picaduras de víbora.

Cerca ya de Sabiñánigo, capital de la comarca, se hallan Ipiés —con un famoso hostel del siglo XIX— y las ruinas de Rapún, antesala de la propia ciudad, que a principios del siglo XX era una aldea de cien habitantes y que ha crecido hasta lo que hoy es debido a su localización estratégica, a la llegada del ferrocarril y a la industrialización. Su espectacular desarrollo ha impulsado, sin duda, el fenómeno sociológico de ampliación del término Serrablo para nombrar al espacio que se extiende entre Biescas —norte— y Anzánigo —sur—, junto a Acumuer —este— y —Laguarda —oeste—.

No debe dejarse de ver, en la visita a Sabiñánigo, la Casa Batanero, que alberga el Museo Ángel Orensanz y de Artes Populares de Serrablo. Entre las piezas que se exponen destaca especialmente la cocina, por ser representativa de lo que tradicionalmente ha sido esta parte de la casa en todo el ámbito pirenaico.



*Sabiñánigo y las cumbres nevadas del Pirineo (Foto: L. Serrano)*

El río Gállego y su pausado discurrir desde las altas cumbres del valle de Tena ha sido el mudo testigo de la vida en este entorno salpicado de pequeñas localidades que jalonan la vieja ruta romana que partía de *Oscá*, como Aurín y Senegüé. A orillas del río Aurín, en la población de Larrés —a 4 km al norte de Sabiñánigo—, se halla el único museo de España dedicado exclusivamente al dibujo, incluido el cómic. Situado en una casa fortificada del siglo XIV, se trata de una iniciativa de la siempre activa Asociación de Amigos de Serrablo.

En este valle, conocido como de Acumuer, nos encontramos con un regalo para el caminante y turista ocasional:

parajes poco hollados que esconden aldeas vacías de inusitada belleza, como Isín, cuyo yacimiento de gas natural surte a Sabiñánigo y Jaca, o el propio Acumuer. Desde allí, y siguiendo la margen del río, se asciende hasta el llamado Balcón de Pilatos —que ofrece, desde sus 1.600 m de altura, una vista impresionante— en la ruta de subida al ibón de Bucuesa, que para su disfrute exige un recorrido de más de una hora fuera de pista.

Partiendo de Sabiñánigo por Yebra de Basa, se accede a las llamadas montañas del Sobrepuerto, 22.000 hectáreas de pasto y frondoso bosque (excelente lugar para la recogida de setas) en el que el hombre apenas tiene presencia y cede dominio a la fauna asilvestrada. En el contiguo valle de Basa, la citada localidad de Yebra es cabecera de territorio y debe su fama a sus danzantes y a la romería que llega al santuario de Santa Orosia, la patrona de la comarca (25 de junio).

Subiendo hacia el valle de Tena, se llega finalmente a la *Tierra de Biescas*, cuya capital, Biescas, es la puerta real del sur tensino. Con su estructura urbana ampliada y en cierto modo afeada por el desarrollo turístico, sigue manteniendo una notable tradición ganadera. La belleza de sus parajes cercanos —en el bosque de Arratiecho habita una nutrida población de ardillas— y su excelente clima en verano lo han hecho, además, centro de entrenamiento de varias agrupaciones deportivas de élite, una moda que ini-

cieron el Real Zaragoza de fútbol y el Club Baloncesto Zaragoza y que se ha extendido incluso a combinados de la selección nacional de varios deportes. También es famosa por ser la cuna del exitoso ciclista Fernando Escartín. Frente a Biescas, al otro lado del Gállego, se alza la aldea de Gavín. Escenario de luchas fratricidas durante la Guerra Civil, el desarrollo de la contienda provocó la destrucción de su caserío.

En la zona se ha dado un fenómeno destacable: el rescate de pueblos abandonados (Aineto, Artosilla, Bergua) por parte de jóvenes que huyen del bullicio de las grandes ciudades y viven en contacto directo con la Naturaleza. El Gobierno aragonés les concede facilidades y la administración de tierras en compensación por el esfuerzo que realizan.

## **EL VALLE DE TENA**

A lo largo de 40 km de recorrido, a la vera del río Gállego, este territorio granítico alberga algunos de los enclaves más antiguos de todo el Pirineo. La profusión de ibones y la riqueza ganadera, por su parte, hacen del valle de Tena el más próspero de la cordillera en su parte aragonesa.

El edificio que saluda al visitante de la comarca es la famosa ermita de Santa Elena, apenas a 3 km de Biescas. Desde ella se aprecia el efecto de los glaciares que recorrieron el valle hasta el plano que lleva el nombre de esta

localidad. Un poco más arriba, desde el entorno espectacular de las aguas del embalse de Búbal, se divisan los montes de la Peña Telera, cuyos corredores de hielo son un poderoso atractivo para los escaladores más avezados. Tres pueblos sucumbieron bajo las aguas con la construcción del embalse: Búbal, Saqués y El Pueyo de Jaca, aunque hoy se ha conseguido, en gran parte, su recuperación.

Tramacastilla de Tena, famosa por sus tradiciones sobre brujas antaño y por sus migas a la pastora en nuestros días, es un enclave con unas vistas privilegiadas a kilómetro y medio de la carretera principal. Desde allí se enlaza con la no menos hermosa Piedrafita —y su magnífico ibón— a través de bosques de extraordinaria belleza. Sandiniés y su fuente de aguas curativas completa este terceto de elite en el centro del valle, que hoy es, además, lugar de culto para quienes practican deportes con bicicleta de montaña.

A la derecha de la carretera, hacia Francia, hay un desvío que comunica con Panticosa y El Pueyo de Jaca a través de los valles del Bolática y el Caldarés. Panticosa, buen ejemplo de pervivencia de vida solariega y tradicional con aprovechamiento turístico, es la base de la subida al balneario; pero antes conviene mencionar los magníficos valles de la Ripera y Yenefrito, que esconden los lagos glaciares de Sabocos y la cueva del Forato de los Diaples, relacionada desde siempre por los habitantes de la zona con las leyendas mágicas, tan propias del Pirineo.

El balneario (1.636 m), conocido desde la época romana y otrora lugar de veraneo de reyes y nobles, es un magnífico conjunto modernista, bastante deteriorado aunque, tras su reciente adquisición por parte de capital privado aragonés, parece que, por fin, va a poder ser definitivamente rehabilitado. Se accede a él desde el pueblo de Panticosa, por la famosa carretera del Escalar, siguiendo el curso del Caldarés en un camino jalonado de cortados espectaculares. Lo rodea el circo de las Argualas y los Picos del Infierno, que superan los 3.000 m de altura. El ibón situado en el centro del balneario recoge seis manantiales de aguas termales curativas: del Estómago, Tiberio, del Hígado, La Laguna, La Belleza y San Agustín. Desde este lugar se puede acceder, en recomendables excursiones, a los casi cincuenta ibones cercanos que salpican sus agrestes montañas: Bachimaña, Brazato, Ordicoso, Azul, Serrato... Tras un recorrido cuya duración oscila entre una y cuatro horas, se pueden ver sin dificultad sarrios —una de las especies propias del territorio pirenaico— y marmotas, además de una variedad de culebra llamada *verdiamarilla*, que se caracteriza por subir a los árboles. Si hay suerte —aunque no es muy habitual, debido a la desaparición de la mayor parte de sus ejemplares en la segunda mitad del siglo XX—, se podrán ver águilas reales desde el mismo balneario.

Volviendo a la carretera de Sallent, se alcanza —tras el famoso túnel de Escarra, recientemente acondicionado— el pueblo de Escarrilla e inmediatamente el pantano de

Lanuza, que baña las orillas del pueblo del mismo nombre. Lanuza, parcialmente sumergido por las aguas, en un enclave de gran belleza, acoge en los últimos años un Festival Internacional de música étnica —Pirineos Sur— cuyo escenario flotante se ubica en el mismo embalse, con las laderas cercanas como gradas.

Sallent, cuna del río Gállego y capital del valle, alberga la ermita gótica (1524) de Santa María. Su puente romano y sus casas solariegas dan fe del carácter nobiliario y la alta alcurnia de su historia. La localidad se ha dedicado, tradicionalmente, al pastoreo vacuno, hoy en franco retroceso. La eterna vigilancia de la peña Foratata —llamada así por las numerosas oquedades que presenta— en su horizonte es otra buena razón para elevar la vista en los espectaculares atardeceres que encienden la piedra de la montaña en un vivísimo color fuego.

Desde Sallent se accede a la central eléctrica de La Sarra en un corto paseo;



*Río Aguas Limpias, en Sallent de Gállego  
(Foto: L. Serrano)*

este enclave es, asimismo, punto de partida de muy diversas excursiones, las más frecuentes, a Respomuso y Balaitús: la primera remonta el río Aguas Limpias —que debe vadearse en cierto momento y preferiblemente no en época de deshielo, por la fuerza de su corriente— y, a lo largo de unas dos horas, recorre el Bosque de las Hayas hasta llegar a los famosos doscientos escalones de piedra que desembocan en un refugio y un ibón de aguas azul marino. Para los más osados, Respomuso no es el final del camino: se puede seguir hasta los bellísimos ibones de Arriel. El Balaitús (3.151 m) presenta formaciones glaciares y es una ruta idónea para el *trekking*. Por doquier, además, las orquídeas pirenaicas en sus muchas variantes adornan el paseo.

Formigal es el último enclave antes de llegar a Francia. Su desarrollo como estación de esquí, una de las mejor dotadas del Pirineo y que atrae a gran número de aficionados a este deporte durante los no menos de cinco meses de temporada que se ofrecen anualmente, trajo consigo una urbanización bastante caótica. Sin embargo, el traslado piedra a piedra de la iglesia de Basarán, perteneciente a la Ruta de Serrablo y que ha sido datada en el siglo XI, ha conferido al pueblo una riqueza monumental suplementaria y, probablemente, ha contribuido inducir en los constructores la necesidad de respetar la tradición arquitectónica de la zona. El paso fronterizo del Portalet marca el límite con Francia y el nacimiento del Gállego.

## **EL PARQUE NACIONAL DE ORDESA Y ALREDEDORES**

El Parque Nacional de Ordesa es una joya a la que se accede tradicionalmente desde Biescas hasta Broto, con el puerto del Cotefablo como obstáculo más importante (la carretera está bien asfaltada pero es peligrosa, no recomendable para impacientes). Se cambia de valle para entrar en el del Ara, el único río aragonés de entre los de cierto caudal que nunca ha sido encauzado y que entrega sus aguas al Cinca a la altura de Aínsa. A su vez, recibe las del Arazas, que nace en Ordesa.

Este valle del Ara cuenta entre sus pueblos con numerosas perlas, pero sin duda una de las más celebradas es Torla, la puerta del valle de Ordesa, junto a Oto y Broto. Las casas Ruba y Viu son alhajas de la arquitectura popular pirenaica.

En Torla se abre paso también el valle de los bojes, Bujaruelo, que probablemente se integrará en el Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido en un futuro no muy lejano. Su cumbre más destacada, el pico de Gavarnie, se alza, con sus 2.300 m, en un lugar que antaño sirvió de paso fronterizo. En esta zona se encuentra un fenómeno geológico espectacular: el sistema subterráneo de la Arañonera, que conecta las cuevas de Santa Elena, Camino de Ara y Grallera del Turbón; más de 33 km de desarrollo horizontal en este tramo natural que contribuye a alimentar las leyendas mágicas propias de la zona.



*Paraje invernal en el Valle de Ordesa (Foto: J. Rayado)*

En el corazón del valle, la capital, Broto. A su condición de centro comercial de la zona se aúna el carácter defensivo que le confirió la historia, junto a su vecina Oto: en esta segunda población se puede admirar la casa blasonada de San Jorge, una de las mejores muestras de vivienda doméstica fortificada existentes en el Pirineo aragonés. Otros pueblos importantes son Sarvisé —con su famosa cocina pirenaica— y Fiscal, excelente zona de pesca.

El Parque Nacional de Ordesa fue declarado en agosto de 1918 (el segundo en serlo en España, tras el de Cova-donga) con una extensión de 2.066 hectáreas, pero en 1982 se amplió a otros tres valles y a Monte Perdido, la tercera altura más grande de todo el Pirineo. En él han quedado integrados el cañón de Añisclo, las gargantas de

Escuaín y la cabecera de Pineta, de modo que su extensión actual alcanza 15.600 hectáreas. Atraviesa el conjunto el citado río Arzas, en una forma de “U” que denota, inequívocamente, que allí hubo un glaciar de dimensiones extraordinarias.

Protegido por la normativa que prescribe la legislación española, hoy es un centro

de indudable atractivo turístico, con sus famosas cascadas y las especies protegidas como aspectos que más atraen la atención de quienes visitan la zona. La Cola de Caballo y las Gradas de Soaso son las caídas de agua con mayor renombre, sobre todo porque son las de acceso más sencillo para el caminante.



*Fondo del Valle de Pineta (Foto: J. Rayado)*

Una vez en la amplísima área de aparcamiento, el viajero topa con la vigilancia del pico Gallinero, cuyas escarpadas cimas anuncian un reto interesante para el montañero novato. Muchos de los caminos de Ordesa son enriscados, así que para empezar no conviene salirse de ellos.

Desde el aparcamiento se puede hacer una agradable excursión que arranca por la senda de los Cazadores y continúa por la Faja de Pelay y el Circo de Soaso; es algo compleja en época de nieve y, más aún, si se opta por un retorno desandado. A paso tranquilo, son seis largas horas, pero el esfuerzo vale la pena: se ve todo el Parque.

Otras excursiones recomendables son las que se dirigen hacia el refugio de Góriz, desde el fondo del valle. Es un buen punto de partida para subir al desafiante Monte Perdido o hacer travesía hasta Añisclo. Para ir a Cotatuero se parte del aparcamiento de Ordesa en paralelo al torrente, por zona boscosa. La ascensión continúa hacia el circo de Salarons, siguiendo las faldas del pico Gallinero. También se puede llegar al circo de Carriata tras superar, gracias a las legendarias clavijas, alguna pared compleja, que encamina los pasos del excursionista hacia el Tozal del Mallo o a la Brecha de Rolando.

Ordesa alberga más de 1.500 plantas diferentes, una diversidad sólo explicable si se tiene en cuenta la amplia variedad climática que puede hallarse entre sus confines. Y en cuanto a la fauna, los sarríos abundan, mientras que

la cabra montés y el quebrantahuesos son, hoy por hoy, caros de ver.

Para el acceso a Monte Perdido (3.355 m), es ya necesario el equipamiento de escalada. El macizo conformado por la elevación del mismo nombre, el Cilindro y el Soum de Ramond es el conjunto calcáreo más elevado de Europa. No hay que olvidar la gruta helada de Casteret, que, a 2.700 m, es posiblemente una de las más altas del globo.

En general, para disfrutar de Ordesa y Monte Perdido hay que extremar las normas que debería respetar cualquier viajero en la montaña: conservar el entorno, no utilizar vehículos de motor por la noche... Y un consejo: en la medida de lo posible, evitar visitar este entorno en los meses de julio y agosto, para poder saborear la Naturaleza cuando hay menos turistas.

Siguiendo el curso del Ara en dirección a Aínsa, se atraviesa el llamado desfiladero de Jánovas, siete kilómetros de estratos que discurren por una garganta de belleza extraordinaria. El valle se abre, se hace fértil y llega a Boltaña, centro de la comarca a la que da nombre. Su castillo del siglo XI era el escenario de los legendarios y famosos aquelarres de las brujas del Sobrarbe.

Una vez pasado Escalona, el pueblo con más fondas por habitante del país, se llega a Escuaín, el límite del Parque. Despoblado hace treinta años, ha entrado últimamente en

la dinámica de la repoblación por parte de grupos de jóvenes. Son famosas las gargantas de Escuaín, una de las formaciones cársticas más importantes de España. La llanura de Planacanal es el confín real del Parque y zona de paseo muy apreciada. Un paseo agradable que, si se extiende hasta la ladera de Cuello Viceto, alcanza el vallecillo de Escuaín, desde donde es muy fácil acceder al pueblo. Otra opción es recorrer el Cañón de Añisclo, en el valle del río Bellós, y llegar hasta la Fuen Blanca, al pie de Monte Perdido, o remontar por Fanlo, con sus casas defensivas y sus dos iglesias, para acceder a Góriz.

## **EL VALLE DEL CINCA**

El recorrido de oeste a este por el Pirineo se topa ahora con el extenso valle del Cinca, de 80 km y multitud de lugares de interés. El contraste entre los muy próximos macizos calcáreos de Monte Perdido y los granitos de Posets se plasma en un estallido de biodiversidad, que va desde los cañones a los hayedos, del abeto a los sotos del río.

Los montes de la región son ricos en hierro, y la zona fronteriza, un antiguo nido de contrabandistas, en los tiempos en que los productos franceses aliviaban la depauperada economía nacional. En esta zona alta se sitúa el valle de Bielsa, con la capital que le da nombre, y el túnel de Aragnouet, que conecta con Francia y que se cierra en invierno, debido a sus fuertes complicaciones de acceso. El valle del

río Barrosa atraviesa estas tierras y desde él, tras una escalada de una hora, se llega al lago de Urdiceto, una excelente muestra de ibón glaciario sin represar.

Bielsa está situada en el lugar donde el Barrosa entrega sus aguas al Cinca. Incendiada y destruida durante la Guerra Civil, destacan todavía la casa consistorial y su iglesia, ambas del siglo XVI. Aislada hasta 1921 de las comodidades secundarias del mundo “civilizado”, por su difícil acceso, ha conservado secularmente su dialecto belsetán, hoy seriamente amenazado por desuso. Tienen bien ganada fama sus carnavales, tanto por su originalidad como por lo



*Pineta desde los llanos de Lalarri (Foto: J. Rayado)*

remoto de algunas de sus creaciones y personajes. Por el río era frecuente ver las navatas (almadías) que transportaban hacia el valle las maderas cortadas en las tierras altas, e incluso en algunas ocasiones hasta el mar, por Tortosa, en travesías inferiores a una semana. Hoy, las navatas sólo surcan las aguas, saliendo de Laspuña hacia Aínsa, una vez al año, en mayo, el día de su fiesta.

El Cinca nace en el valle de Pineta, bajo la sombra de Monte Perdido, muy cerca de la ermita de la Virgen de igual nombre que el valle y que, según cuenta la leyenda, se apareció a un pastor en lo alto de un pino. Desde ahí se traza una infinidad de marchas de montaña, entre las cuales destacan la del lago de Tucarroya o Marboré —4 horas y un desnivel de 1.200 m— y la del valle suspendido de la Larri, bajo el pico de la Munia; también es muy agradable la del Balcón de Pineta. Antes se han dejado atrás la bella aldea de Javierre, con su iglesia románica —de Santa Eulalia— y, cerrando el valle, las imponentes cortadas de la sierra de las Tucas. Esta zona de Pineta está sometida al cuchillo de doble filo del creciente interés turístico —más dinero, menos respeto—; el número de visitantes durante el año 99 sobrepasó largamente las 200.000 personas, después de haber mantenido una lenta subida desde el 92 a razón de 10.000 más por temporada. Lo mismo ocurre con la cercana Añisclo. Y es que la gente va descubriendo poco a poco las excelencias de la zona, ocultas hasta hace no mucho a la vista del viajero; una de

ellas es la localidad de Santa María de Buil con sus dos iglesias, una románica y otra gótica. Por otra parte, empresas como la de los Servicios Medioambientales del valle de Añisclo demuestran estar a la altura de los tiempos haciendo promoción de sus actividades a través de Internet.

Desde Bielsa, y después de haber visitado al norte el cercano y hermosísimo ibón de Cao, el viajero tiene también la ocasión de acercarse al valle de Chistau, cuya entrada está en el Mesón de Salinas de Sin, a apenas 8 km. Los acantilados de Saravillo dan paso a las aldeas de Sin, Señes y Serveto, que conservan a ultranza el modo de vida tradicional. En este paisaje de belleza intacta se halla el famoso pueblo de Plan: tras la organización de aquel proyecto de revitalización de la zona inspirado en la película *Caravana de Mujeres*, hace ya hace quince años, hoy crecen los primeros adolescentes fruto de las uniones que de él se derivaron. La población sobrevivió al acoso mediático y a las aspiraciones cinematográficas y actualmente reconduce su curioso intento repoblador con dificultades, pero sin ápice de desánimo. Desde el pueblo se asciende al incomparable marco del ibón de la Basa de la Mora, rodeado de pinares y cuyas aguas albergan ejemplares del tritón pirenaico.

Siguiendo camino hacia Gistaín se llega a las granjas de Viadós, base para la ascensión al Posets (3.371 m), la segunda montaña de Aragón en altura, y a otras cotas superiores a los 3.000 m, como el Bachimala, los Eristes



*Torre de Gistaín (Foto: J. Rayado)*

gemelos y, en elevaciones más moderadas, los lagos de Leners y Millares. Desde estos últimos, accesibles al caminante, se disfruta de un paisaje sin parangón en toda la cordillera. Se llega a Gistaín y se tiene la sensación de haber cambiado de época; hermoso pueblo y tranquilo, conserva su propia modalidad de habla —el dialecto chistabín— y peculiaridades en su folclore y en la indumentaria tradicional. No hay que olvidarse de subir hasta Tella, pequeña localidad de una calle única pero con varias ermitas románicas —algunas,

reducidas a la mínima expresión arquitectónica— y en cuyas cercanías se sitúa el famoso pontón de las Brujas, junto a un dolmen: son los dominios hipotéticos del gigante Silván, otro personaje de leyenda a quien se atribuían raptos de bellas mujeres y robos a pastores.

Para los incondicionales de la pesca, el coto truchero de Lafortunada —que se extiende desde la desembocadura del Cinqueta hasta la presa eléctrica de igual nombre que el pueblo— es un paraíso natural a lo largo de 6 km de río.

En la margen izquierda del Cinca se alza Laspuña, donde se iniciaba tradicionalmente el descenso de los mencionados navateros: la Peña Montañesa da sombra a la aldea. En dirección este se llega a Aínsa, villa declarada Conjunto Histórico-Artístico que reúne todos los ingredientes de la herencia medieval: el castillo, la plaza-mercado con soportales, las casas solariegas, las puertas de entrada al antiguo conjunto amurallado y la iglesia románica del siglo XII. Cerca del pueblo, en medio de una llanura de viñedos y campos de cereal, se encuentra la Cruz Cubierta, pequeño monumento alzado en el siglo XVII en honor al rey García Jiménez y en conmemoración de la batalla que mantuvo con los sarracenos. Hasta este lugar se llega en romería cada 14 de septiembre.



*Los tejados de la iglesia de Aínsa y el claustro (Foto: J. Rayado)*

## LOS VALLES DEL ÉSERA Y DEL ISÁBENA

El conjunto de ambos valles despide, con una majestuosidad espléndida, el tramo aragonés del Pirineo hasta tocar con el del Noguera Ribagorzana, que da paso al catalán. Se considera a menudo a las montañas de Cotiella y Turbón como las montañas olvidadas; y sus habituales quieren que siga siendo así, para preservar sus maravillas lo más intactas posible. Con el Cinca como límite al noroeste y el Ésera al este, Cotiella (casi 3.000 m) se erige como una suerte de navegante solitario alejado de las cordilleras. El paisaje a su alrededor acoge enclaves cuya visita es altamente recomendable, como el del circo de Armeña y, en las riberas del Ésera, el congosto de Ventamillo, que comunica esta zona con el valle de Benasque y que ofrece al visitante la visión de los espectaculares nidos de buitres y chovas excavados en la roca.

Al salir de Aínsa en dirección a Campo, se halla el embalse de Mediano, causante como tantos otros del abandono de muchos pueblos; algunas de las edificaciones anegadas se adivinan entre las aguas sin dificultad. Otros, como Gerbe y Griébal, se han sumado al reciente fenómeno de restauración y recuperación de poblados abandonados por parte de grupos de jóvenes. Poco más allá se yergue el monasterio de San Victorián, uno de los decanos del país, fundado en el año 506 con el nombre de Asán. Allí se instaló como ermitaño el que llegaría a ser santo, venido

de tierras extranjeras, que dedicó su vida a la oración y a ayudar a los enfermos, atraídos por su fama de sanador. Tras su destrucción en un ataque musulmán, fue reconstruido por Ramiro I. Hoy se halla prácticamente abandonado (aunque se ha anunciado un plan para su restauración) y sus tesoros artísticos, repartidos por varios museos. Pero antaño su influencia fue tremenda; la grandiosidad que todavía emana de sus ruinas no deja lugar a dudas al respecto.

A la vera del Ésera, entre Campo y Castejón de Sos, se ubican varias poblaciones; destaca entre ellas la propia Campo, centro neurálgico de la comarca, cuyo origen se remonta a la época romana. Tierra agrícola por antonomasia, estuvo amenazada por la política de construcción masiva de embalses de hace unas décadas, pero sus habitantes supieron defenderla. Siguiendo al norte aparecen Senz, Viu de Foradada y la Peña Madrid, desde la que se divisa todo el valle de Campo.

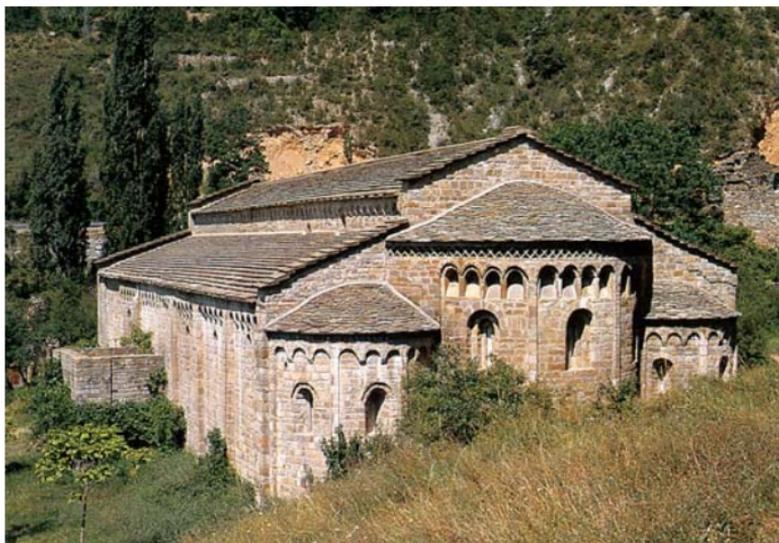
El barranco de Barbaruéns es otra base para las subidas a Cotiella, después de tres horas de paseo agradable que conducen al citado congado de Ventamillo; allí habitan dos especies no muy comunes en la cordillera, como el trepariscos y el mirlo. Siguiendo la carretera se llega a Castejón de Sos, localidad famosa en la última década como centro mundial para los amantes del parapente y el vuelo sin motor, lo que ha impulsado las actividades turísticas.

El Turbón, con 2.500 m de altura, llama la atención —al igual que Cotiella— por hallarse apartado de las cadenas de grandes elevaciones que caracterizan a esta zona del Pirineo. Los valles del Ésera y el Isábena discurren a sus pies y las cuevas jalonan sus laderas, hasta el punto de que se ha convertido en un paraíso para los espeleólogos. La más llamativa, con 66 m de profundidad, es la de las Grallas, antesala de la extensa red de cauces subterráneos y manantiales que dan lugar a la explotación de aguas minerales, desde hace décadas, con la denominación del balneario de Vilas del Turbón. Cuenta, asimismo, con un buen número de especies de flora (quejigos, arces, pinos negros... y la inaccesible y endémica *Borderea Chouvardii*, que crece en los riscos) y fauna: destaca la presencia de quebrantahuesos, sarríos y rebecos; estos dos últimos ocupan aquí su hábitat natural más meridional.

Estas tierras están recorridas por los valles de Bardají y Llerp. El pueblo de Serrate es el punto de partida para una excursión muy recomendable, la que conduce hasta el refugio y la pradera subalpina de la Plana del Turbón, con su peculiar flora: se pueden hallar abundantes ejemplares de *aspérula pirenaica* y de *oreja de ratón*, además de la *quitameriendas* rosa y blanca y la flor del viento. Otras dos horas de camino llevan a la cima del Turbón. El balneario está a una altura más moderada, 1.437 m; en sus 66 años de existencia ha tenido una clientela muy fiel que acude, puntual, a gozar del efecto benéfico de sus aguas.

Incluir el valle del Isábena en este recorrido es, en el fondo, un cierto contrasentido, ya que, como arguyen sus propios pobladores, no tiene Pirineos propiamente dichos. Pardiniella, Ballabriga, Moréns, Biescas de Obarra y Bernuy son algunas de las poblaciones con un elevado atractivo histórico y monumental gracias a sus puentes, iglesias y torres. La cercana Raluy alberga una iglesia románica del siglo XI.

Al este del valle del Isábena, ya lindando con el del Noguera Ribagorzana, la rojiza sierra de Sis establece



*Monasterio de Santa María de Obarra (Foto: P. J. Fatás)*

el límite entre Aragón y Lérida; su fauna de aves rapaces y los megalitos de la Cruz de Bonansa son factores de poderoso atractivo para el visitante. Lo mismo ocurre con el castillo medieval de Calvera, pese a lo complicado que resulta su acceso.

Muy próximo se halla el monasterio de Santa María de Obarra (inicios del siglo XI), el mejor ejemplo pirenaico del arte lombardo. Es el corazón de la Ribagorza, un cruce de caminos donde dejaron su impronta la actividad del obispo de Urgel y la cercana sede episcopal de Roda de Isábena, con su impresionante catedral de origen románico y fachada neoclásica; fundada en el siglo X, tuvo su periodo de esplendor en el XII, con el obispo San Ramón. Guarda, en la pequeña capilla aneja de San Agustín, un valioso conjunto de pinturas murales románicas, y poseyó un precioso tesoro de objetos litúrgicos; sólo unas pocas piezas pudieron ser rescatadas tras el robo de que fue objeto hace varias décadas.

A través del estrechísimo congosto de Obarra se accede a Bonansa, la principal población de la zona y base de los bosques de la cara norte del Turbón.

## **EL VALLE DE BENASQUE**

En este valle se halla el ochenta por ciento de los picos de más de 3.000 m de toda España, incluido el gigante de

la cordillera: el Aneto. Son más de treinta los picos que en él superan esa mítica altura; y es que todo en este valle es a lo grande, desde la variedad y riqueza de la fauna hasta los incontables ibones, miradores y glaciares... Benasque y su valle tienen asumida su condición de imán turístico para los montañeros y esquiadores, y disponen de una completa infraestructura para el disfrute de ambas actividades.

La villa, capital de la Alta Ribagorza, estuvo vinculada a condados catalanes hasta el siglo XII y hasta hace relativamente poco tiempo, antes de la mejora de las comunicaciones, ha mantenido una estrecha relación comercial con su referencia más cercana: la población francesa de Bagnères de Luchon. En torno a la calle mayor de Benasque se alzan un palacio del siglo XVI, la casa solariega de Fauye y la renacentista iglesia de Santa María la Mayor. Hoy, además, ha aprovechado el empuje de la tienda deportiva Barrabés en Internet —proyecto piloto de Microsoft que ha tenido una repercusión mundial— para atraer un turismo selecto “de módem y comercio electrónico”, interesado en comprobar la naturaleza de este fenómeno. En la tradición de la villa, una curiosa anécdota: en ella sonó cada año el himno de Riego durante la dictadura franquista, debido a que en su dance existía, desde el siglo anterior, una pieza con esa música, la *Danza de Mayordomos*.

El macizo de la Maladeta es el centro de la zona axial pirenaica y discurre a lo largo de más de 8 km en un



*Benasque, torreón de una casa solariega  
(Foto: J. Rayado)*

amplio arco. Se le llama “el macizo de los montes malditos”, y es escenario de leyendas alimentadas por la tradición oral de sus pobladores. Se habla incluso de que las grandes extensiones heladas y pétreas fueron, en otro tiempo, ricos pastos ganaderos convertidos en hielo por un brujo que había sufrido el rechazo de sus moradores.

Próximo a Benasque se instaló un centro de interpretación de la naturaleza del parque Posets-Maladeta; se encuentra, concretamente,

junto a la población de Eriste, y se ocupa además de la conservación y estudio de los glaciares.

El colosal Aneto (3.404 m), siempre nevado en su cima y escalado por primera vez a mediados del siglo XIX, es hoy destino de una mera excursión, aunque dura y exigente, que se hace incluso en una mañana, partiendo desde el refugio de la Renclusa. Consagrado, según narran las tradiciones locales, a Netón, genio del mal que manejaba a su

voluntad las tempestades, siempre se ha rodeado de leyendas cimentadas en el carácter incontrolado de sus fenómenos naturales. Otras cimas vecinas en el macizo son las del propio Maladeta, el pico del Alba, el del Medio o Maldito y el de Tempestades. Sin embargo, los ojos del escalador que corona estas alturas se dirigen, más que a las cumbres, al inmenso y complejo glaciar, dividido en cinco partes reconocibles: Maladeta, Barrancs, Coronas, Aneto y Tempestades, sin contar los neveros residuales.

El valle benasqués, surcado por el Ésera —una referencia obligada en el piragüismo nacional de alta montaña—,



*El glaciar del Aneto (Foto: J. Rayado)*

acumula principalmente aguas glaciares que se dirigen a su corriente, aunque sin desdeñar fantásticos trasiegos subterráneos (que, en el caso del glaciar de la Maladeta, llegan al Garona francés por medio de afluentes secundarios). A su vera se levanta el citado Portillón de Benasque (2.444 m), antiguo paso obligado de transeúntes europeos y fuente de un próspero intercambio comercial.

Al oeste, los valles de Remuñe y Literola alegran la vista con sus cascadas antes de llegar al de Estós, muy cercano a la villa benasquina. Originado por los glaciares del Posets, tiene un hermoso paisaje circundante en el que se incluyen el limítrofe monte sobrarbés de Gistaín, los ibones de Batisielles, Perramó y Escarpinosa y su rica flora (bosques de coníferas, flores de lis y flores aguileñas de vivo color turquesa). Enfrente, tras el *plan* de Senarta, se abre el barranco de Vallibierna, accesible por medio de una pista forestal y encabezado por los lagos de Coronas y Llosás, a los que se llega desde el final de la pista en aproximadamente hora y media.

Marcando el territorio a lo largo de diez escarpados kilómetros se alza el macizo de Perdiguero, con tres cumbreras francesas y un rosario de *plans* o praderas a sus pies. Desde Benasque, a diez kilómetros y en mitad de una carretera que debía comunicar con Francia pero que muere sin conseguirlo porque no tiene continuidad al otro lado de la frontera, aparece la cascada de Aguas Pasas; tras

su visita, es recomendable el desvío hacia los Baños de Benasque, ricos en aguas sulfurosas y termales.

A la izquierda del valle principal aparece, entre otros muchos, el de Ampriu Cerler, sede de la afamada estación de esquí situada junto al valle de Ardoners y el monte Gallinero, una de las metas habituales de las vueltas ciclistas a España y a Aragón. Esta estación alpina complementa las excelentes condiciones de los alrededores de Benasque para el esquí de fondo, de mucha raigambre en la zona. Bajo sus laderas aparece el ibón natural más grande del Pirineo, el lago de Cregüeña. Junto a él pueden hacerse bonitas excursiones al citado lago Llosás, al de Vallibierna y al Forau de Aiguallut, fenómeno cárstico de elevado interés debido a que aquí se pierden las abundantes aguas de un barranco que luego aparecen en el valle de Arán, al otro lado del túnel de Viella.

De Benasque parte también una carretera hacia el sur, paralela al Ésera por la margen izquierda, que llega hasta el pequeño poblado de Anciles, un ejemplo de cuidado y respetuosa restauración de grandes casas solariegas. Al otro lado del río, en la otra carretera, se pasa por Eriste —rico en aguas ferruginosas— y Sahún —no hay que dejar de visitar el santuario de Nuestra Señora de Guayente, del siglo XI, rehecho en el XVII— para acceder, en el municipio de El Run, a la ermita lombarda de Nuestra Señora de Gracia.

El valle de Barrabés, un gran desconocido de la zona, se extiende por la cuenca alta del Noguera Ribagorzana, alimentado por las aguas del barranco de Salenques. Es el último tramo del Pirineo aragonés oriental antes de que el túnel de Viella marque el paso a la vecina Cataluña.



*Detalle de una casa de Anciles  
(Foto: J. Rayado)*

# BIBLIOGRAFÍA



ACÍN, J. L.: *Las otras lluvias. Pueblos deshabitados del Alto Aragón*. Ibercaja, Zaragoza, 1996.

—*Paisajes con memoria: viaje a los pueblos deshabitados del Alto Aragón*. Prames, Zaragoza, 1999.

—*Trabajos y los días en Aragón*. Mira Ed., Zaragoza, 1992.

ACÍN, J. L., T. MORENO y E. SALAMERO: *Guía turística de la Tierra de Biescas*. Prames, Zaragoza, 1997.

BALLARÍN CORNEL, Á.: *Civilización pirenaica*. Ed. del autor, Barbastro, 1972.

DOMINGO, S.: *La nieve en Aragón*. CAI100, nº 85. CAI, Zaragoza, 2000.

ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C.: *Pirineos*, Editorial El País-Aguilar, Madrid, 1994.

*Gran Enciclopedia Aragonesa*, Unali, Zaragoza, 1980-1999.

MARCUELLO, J. R.: *La matacía*. CAI100, nº 8. CAI, Zaragoza, 1999.

MONTSERRAT, P.: *La flora de Aragón*. CAI100, nº 51. CAI, Zaragoza, 2000.

PALLARUELO CAMPO, S.: *Viaje por los Pirineos misteriosos de Aragón*. Ed. del autor, Sabiñánigo, 1984.

—*Nueva guía del Pirineo Aragonés*, edición del autor, Sabiñánigo, 1991.

- Las navatas: el transporte de troncos por ríos del Alto Aragón*. DGA, Zaragoza, 1992.
- PARDINA, J.: *Montañas de Aragón: 180 caminatas y ascensiones*. Prames, Zaragoza, 1995.
- PEDROCCHI, C.: *La fauna de Aragón*. CAI100, nº 76. CAI, Zaragoza, 2000.
- PUJADAS, J. J. y COMAS, D.: *Estudios de antropología social en el Pirineo aragonés*, DGA, Zaragoza, 1994.
- RÁBANOS, C., et al.: *La casa rural en el Pirineo aragonés*, IEA, Huesca, 1990.
- SATUÉ OLIVÁN, E.: *El Pirineo abandonado*, DGA, Zaragoza, 1984.
- El Pirineo contado*. Ed. del autor, Huesca, 1995.
- Religiosidad popular y romerías en el Pirineo*. IEA, Huesca, 1991.
- SATUÉ, E., J. GAVÍN Y J. GARCÉS: *Arquitectura popular de Serrablo*, Amigos de Serrablo, Sabiñánigo, 2000.
- SILVA MORA, Á.: *Bellezas naturales del Pirineo Aragonés*, CAZAR, Zaragoza, 1978.
- VIÑUALES, E.: *El Pirineo Aragonés*, Anaya, Madrid, 1999.
- VIOLANT I SIMORRA, R.: *El Pirineo español*, Editorial Plus Ultra, Madrid, 1949 (reed. Alta Fulla, Barcelona, 1989).
- VV. AA.: *El Camino de Santiago en Aragón*, Everest, León, 1999.
- VV. AA.: *Alto Aragón. Sus costumbres, leyendas y tradiciones* (2 vol.), Aldaba Ediciones, Madrid, 1988.



56. **El arte rupestre en Aragón** • M<sup>a</sup> Pilar Utrilla Miranda
57. **Los ferrocarriles en Aragón** • Santiago Parra de Mas
58. **La Semana Santa en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
59. **San Jorge** • Equipo de Redacción CAI100
60. **Los Sitios. Zaragoza en la Guerra de la Independencia (1808-1809)** • Herminio Lafoz
61. **Los compositores aragoneses** • José Ignacio Palacios
62. **Los primeros cristianos en Aragón** • Francisco Beltrán
63. **El Estatuto de Autonomía de Aragón** • José Bermejo Vera
64. **El Rey de Aragón** • Domingo Buesa Conde
65. **Las catedrales en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
66. **La Diputación del Reino de Aragón** • José Antonio Armillas
67. **Miguel Servet. Sabio, hereje, mártir** • Ángel Alcalá
68. **Los juegos tradicionales en Aragón** • José Luis Acín Fanlo
69. **La Campana de Huesca** • Carlos Laliena
70. **El sistema financiero en Aragón** • Área de Planificación y Estudios - CAI
71. **Miguel de Molinos** • Jorge Ayala
72. **El sistema productivo en Aragón** • Departamento de Economía - CREA
73. **El Justicia de Aragón** • Luis González Antón
74. **Roldán en Zaragoza** • Carlos Alvar
75. **La ganadería aragonesa y sus productos de calidad** • Isidro Sierra
76. **La fauna de Aragón** • César Pedrocchi Renault
77. **Opel España** • Antonio Aznar y M<sup>a</sup> Teresa Aparicio
78. **La Feria de Muestras de Zaragoza** • Javier Rico Gambarte

79. **La jota aragonesa** • Javier Barreiro
  80. **Los humedales en Aragón** • Jorge Abad y José Luis Burrel
  81. **Los iberos en Aragón** • Francisco Burillo
  82. **La salud en Aragón** • Luis I. Gómez, M. J. Rabanaque y C. Aibar
  83. **Félix de Azara** • María-Dolores Albiac Blanco
  84. **Las iglesias de Serrablo** • Equipo de Redacción CAI100
  85. **La nieve en Aragón** • Salvador Domingo
  86. **El aceite de oliva en Aragón** • Ángel Bonilla y Miguel Lorente
  87. **El cuento oriental en Aragón** • M<sup>a</sup> Jesús Lacarra
  88. **Los Fueros de Aragón** • Jesús Delgado y M<sup>a</sup> Carmen Bayod
  89. **Aragón y los Fondos Europeos** • Elías Maza
  90. **Las lenguas de Aragón** • M<sup>a</sup> A. Martín Zorraquino y José M<sup>a</sup> Enguita
  91. **Cómo Teruel fue ciudad** • Equipo de Redacción CAI100
  92. **Benjamín Jarnés** • José-Carlos Mainer
  93. **José de Calasanz** • Asunción Urgel
  94. **La imprenta en Aragón** • Miguel Ángel Pallarés y Esperanza Velasco
  95. **La energía. Usos y aplicaciones en Aragón** • Departamento de Economía - CREA
  96. **Los Pirineos** • Equipo de Redacción CAI100
- 
97. **Los celtas** • Álvaro Capalvo
  98. **Ingenios, máquinas y navegación en el Renacimiento** • Equipo de Redacción CAI100
  99. **Breviario de historia de Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
  100. **La Corona de Aragón** • Esteban Sarasa